



● adquiere este texto en formato físico y estarás apoyando el proyecto editorial del socialismo en Chile

visítanos en nuestra página
largamarchaeditorial.cl



POETA OBRERO

ANTOLOGÍA

Vladimir Maiakovski



Editorial
Larga Marcha

Editorial Larga Marcha

Sitio Web: www.largamarchaeditorial.cl
Correo: editorial.largamarcha@gmail.com
Instagram: [@largamarchaeditorial](https://www.instagram.com/largamarchaeditorial)
WhatsApp: +56 9 3298 2414
Facebook: Editorial Larga Marcha

Maiakovski, Vladimir
Poeta Obrero. Antología
Colección Poesía
158 páginas | 14x20 cm
Publicación: Febrero de 2025
Santiago de Chile

Diseño y armado del interior por Editorial Larga Marcha
Impreso en las instalaciones de Colectivo La Fragua
Diseño de portada y contraportada por [@bsssttn](https://www.instagram.com/bsssttn)

*«Instrúyanse, porque necesitamos toda nuestra inteligencia.
Conmuévanse, porque necesitamos todo nuestro entusiasmo.
Organícense, porque necesitamos de toda nuestra fuerza.»*

– Antonio Gramsci

Encuentra más libros en www.largamarchaeditorial.cl

Índice

¿USTED PODRÍA?	5
MAMÁ Y EL CREPÚSCULO ASESINADO POR LOS ALEMANES	6
NUBE CON PANTALONES	8
HIMNO AL CIENTÍFICO	33
HIMNO AL CRÍTICO	35
UNA ACTITUD AMABLE ANTE LA CORRUPCIÓN	37
<i>DEDICATORIA A LILA</i>	39
HOMBRE	41
ODA A LA REVOLUCIÓN	72
POETA OBRERO	74
NUESTRA MARCHA	76
NOSOTROS AVANZAMOS	77
150.000.000	79
TERCERA INTERNACIONAL	129
A PLENA VOZ	132
CONVERSACIÓN CON EL SEÑOR FISCAL SOBRE POESÍA	140
BLACK AND WHITE	149
VERSOS SOBRE EL PASAPORTE SOVIÉTICO	153
CONVERSACIÓN CON EL CAMARADA LENIN	156
A TODOS	158

¿USTED PODRÍA?

¿USTED PODRÍA?

Embadurné de golpe el mapa de mis días grises
salpicándole tinta de un frasquito.

He enseñado en un plato –después– de gelatina
los pómulos oblicuos del océano.

En las escamas de un pescado en lata
leí la invitación de nuevos labios.

¿Usted

podría

tocar un nocturno

en una flauta de cañerías?

MAMÁ Y EL CREPÚSCULO ASESINADO POR LOS ALEMANES

Por negras calles blancas madres
se alargan convulsas, como bajo luz de lápida,
llorando por aquellos que gritaron sobre el enemigo vencido:
«¡Ay, cierren, cierren los ojos de los periódicos!»

Carta.

¡Mamá, más alto!
Humo.
Humo.
¡Humo aún!

¿Qué me murmura, mamá?
Vea
¡todo el aire está inundado
por las piedras arrancadas por la metralla!
¡Ma-má-a-á!
Ahora arrastraron al crepúsculo herido
Aguantó mucho,
romo,
rugoso,
y de pronto
—vencidos sus poderosos hombros—
rompió en llanto, el pobre, en brazos de Varsovia.
Las estrellas con sus pañuelos de algodón azul
berreaban:
«¡Muerto,
querido,
querido mío!»
Y el ojo de la luna nueva miraba espantado
el puño muerto con los cartuchos vacíos.

Corrieron a ver los pueblos lituanos
cómo, besando los trenzados barrotes,
con lágrimas de los dorados ojos de las iglesias,
los dedos de las calles fracturaban Kovna.
Y el crepúsculo gritaba,
sin piernas,
sin brazos:
¡No es verdad,
yo puedo aún,
eh:
Agarrando el ritmo de la ardiente mazurca
puedo desternillarme mi pardo bigote!

Campana.

¿Qué,
mamá?
Blanca, blanca como bajo luz de lápida,
¡Déjelo!
Acerca de él,
del muerto, un telegrama.
«¡Ay, cierren,
cierren los ojos de los periódicos!»

NUBE CON PANTALONES

PRÓLOGO

Quiero que vuestra mente,
que sueña dentro de unos sesos blandos,
cebada cual lacayos habituados a grasientos sofas,
se irrite ante la voz sangrante de mi alma
hasta que yo, mordaz y descarado, me canse de burlarme.

Yo no tengo en mi espíritu ni una sola cana
ni, aun menos, ternuras seniles.
Ensordeciendo el mundo con mi voz poderosa,
me alzo, gallardo, espléndido,
con mis veintidós años de existencia.

¡Amantes delicados,
los que hacéis el amor al son de los violines
mientras los rudos lo hacen al compás del timbal!
¡Vosotros no podéis transformaros cual yo:
ser todo labios!

Ven a instruirte
de tu salón, vestida de batista,
correcta funcionaria del club angelical.
Tú, que serena rozas levemente los labios,
como una cocinera un libro de cocina.

Si queréis,
seré tan sólo carne enloquecida
o, como el cielo, cambiaré de tonos.
Si queréis,
seré impecablemente grácil y delicado;
¡más que un hombre, seré una nube, sí, con pantalones!

No creo en la existencia de una Niza florida
Y hoy, con mi canto, glorifico de nuevo
a los hombres que yacen, igual que un hospital,
a la mujer ajada, lo mismo que un proverbio.

I

¿Os creéis que deliro debido a la malaria?

Sucedió,
sucedió en Odesa.

«Vendré a las cuatro», había dicho María.¹

Las ocho.
Las nueve.
Las diez.

Y la tarde escapó,
ventana arriba,
hacia el horror nocturno,
sombrió,
de diciembre.

En su espalda decrepita gesticulan, relinchan,
los candelabros.

Ahora no podría reconocerme nadie:
este gigante musculoso
gime,
se retuerce.

1 La heroína de este poema es María Alexándrivna Denísova (1894-1944), hija de un campesino de la provincia de Smolensk. Maiakovski la conoció durante una de sus giras. María Denísova fue, más adelante, una afamada escultora.

¿Qué puede desear ese coloso?
¡Pues el gigante anhela muchas cosas!

Y, en el fondo, no importa
que uno sea de bronce
y tenga el corazón de hierro helado.
De noche, siente gana de esconder
su sonoro metal en algo suave,
femenino.

Aquí me tenéis,
enorme.
Me asomo a la ventana
fundiendo a los cristales con mi frente
¿Vendrá el amor o no?
¿Cómo será?
¿Grande o pequeño?

Pero, ¿habrá un amor grande para un cuerpo así?
¿Será quizá chiquito,
amor menudo y dócil,
de aquellos que se asustan del ruido de los autos
y aman la campanita del tranvía?
Y aún y aún,
mi rostro contra el rostro
picado por la lluvia,
espero,
salpicado por el ruido de la resaca ciudadana.

La medianoche, el cuchillo en la mano,
ha herido,
ha degollado:
¡abajo pues!

Y cayeron las doce campanadas
como desde el patíbulo la cabeza del reo.

En los cristales se juntaban
las gotas grises de la lluvia,
en una mueca inmensa.
Y suenan como el grito de los monstruos de piedra
de Notre Dame de París.

¡Maldita!
¿Aún no tienes bastante?
¡Mi boca va a desgarrarse en un aullido!

Escucho.
Silenciosamente,
como un enfermo de la cama,
ha saltado un nervio.
Se va
de paseo, primero
despacito.

Después, va acelerando,
rápido,
ritmado.
Y ahora, con otros dos se retuerce
en una danza desatada.

En el bajo se cae el enlucido.

Los nervios,
grandes,
pequeños,
todos,
saltan enloquecidos
y al fin
ya flojean las piernas.

La noche se empantana en la alcoba
y, cada vez más densa, no deja abrir los ojos.

Las puertas comenzaron a hacer ruido, de pronto,
como si castañetearan
los dientes del hotel, muerto de frío.
Has entrado,
rotunda como un reto,
torturando tus guantes de gamuza,
y has dicho:
«¿Sabes?
Me caso.»

De acuerdo, cástate.
Al cabo ¿qué más da?
Me aguantaré.

Ya ves que estoy tranquilo.
Como el pulso
de un muerto.

¿Recuerdas?
Tú decías
«Jack London,
dinero,
amor,
pasión.»
¡Y yo sólo veía,
en ti, a la Gioconda
que hay que robar!

Y que robaron.

Si vuelvo a enamorarme aún entraré en el juego
el fuego iluminando la línea de mis cejas.

¿Y pues?
Incluso en una casa quemada, destruida,
aún pueden guarecerse vagabundos.

¿Te burlas de mí?
«Tiene menos rubíes tu locura
que un mendigo monedas.»
¡No olvides
que le pasó a Pompeya
cuando estalló el Vesubio!

¡Eh!
¡Señores!

Los que amáis
sacrilegios,
crímenes,
hecatombes:
¿habéis visto
qué sea más horrendo
que mi semblante
cuando
estoy
del todo sosegado?

Noto
que mi yo
me viene estrecho;
que, enloquecido,
quiere salir de mí.

¡Diga!
¿Quién es?
¿Mamá?
¡Mamá!
Tu hijo
está perfectamente enfermo.
¡Mamá!
¡Tiene el alma incendiada!
Diga a mis hermanitas, Liúda y Ólia,
que ya no sabe dónde huir.
Cada palabra,

incluso cada chiste
que arroja por el fuego de su boca
huye, al igual que una desnuda puta
de un prostíbulo en llamas.
La gente husmea:
hay olor a quemado.
Llegan unos tipos extraños.
Relucientes.
Con cascos.
¿Para qué esas botazas?
Decid a los bomberos
que a un corazón en llamas se llega con caricias.
Ya me las compondré
Mis ojos, colmados de lágrimas, rodarán como barriles.
Dejadme que me apoye en mis costillas.
¡Saltaré! ¡Saltaré! ¡Saltaré!
Y se rompieron.
Que no se salta desde el corazón.

Del rostro en llamas,
de la hendidura de los labios
quería alzarse un abrasado beso.

¡Mamá,
no puedo cantar!
prendió fuego en el coro de la pequeña iglesia de mi alma.

Figurillas quemadas de palabras y cifras
se escapan de mi cráneo,
como chiquillas de una casa ardiendo.
Así el terror
elevaba hacia el cielo
los brazos
de fuego que agitaba el «Lusitania.»²
Hacia la gente temblorosa,

2 *Lusitania*: barco de pasajeros hundido por los alemanes durante la primera guerra mundial, que fue el pretexto para la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

en el silencio de sus casas,
un resplandor se alzaba, con mil ojos, del puerto.
¡Grito final,
tú al menos,
clama a los siglos que me abraso!

II

¡Glorificadme!
No soy lo mismo que los grandes.
A todo lo que han hecho
pongo mi «nihil.»

No quiero
leer ya nada más.
¿Libros?
¿Qué libros?

Antes, yo imaginaba
que los libros se hacían siempre así:
el poeta llegaba,
entreabría los labios
y, de inmediato, el inspirado vate
comenzaba a cantar.
Se ha descubierto, en cambio,
que, primero,
se hinchan de trabajar y de dar vueltas,
en tanto chapotea en el fango del alma
el estúpido pez de la imaginación.
Y cuando pone a hervir, sazonado con rimas,
su caldito de amor y ruiseñores,
las callejas, sin lengua, se retuercen:
no tienen con qué hablar, con qué gritar.

Las torres de Babel de las ciudades
construimos de nuevo, ebrios de orgullo,
pero Dios
hunde
la ciudad en los campos
y sus palabras mezcla.

Y la calle resiste el suplicio en silencio
con un grito rebelde en la garganta.
Se hinchan, de través en el gaznate,
tripudos taxis y tranvías flacos.
Los peatones le pisan todo el pecho,
hundido por la tisis.

La ciudad con la noche ha cerrado las calles.

Y cuando
—pese a todo—,
dando de lado templos y capillas,
las multitudes llegan a la plaza,
entre coros de arcángeles
Dios, saqueado, parece hacer justicia.

Pero la calle se sienta y brama
«¡Vamos a comer!»

Los Krupp y los kruppitos pintan a la ciudad
con trazos de cejas malévolas,
y en su boca
se pudren los cadáveres de las palabras muertas.
Sólo dos expresiones están vivas y engordan:
una es «hijo de puta»
y la otra
«poder comer», acaso.

Los poetas,
entre llanto y sollozos,
los cabellos al viento, abandonan la calle.

«¿Cómo poder cantar con frases como ésas
a la dama,
al amor
y a las flores cuajadas de rocío?»

Tras los poetas,
la gente de la calle:
estudiantes,
rameras,
capataces.

¡Alto, señores!
¡Deteneos!
No sois mendigos;
nada, por tanto, de pedir limosna.

Que nosotros, los fuertes,
de paso firme,
no os hemos de escuchar, sino extirparos
a todos
los que tan sólo sois un suplemento gratis
de un lecho de dos plazas.

¿Acaso hay que rogar humildemente:
«¡Ayudadnos!»?
¿O pediros un himno, o un gran oratorio?
Somos nosotros quienes crean himnos
vivos, en los laboratorios y en las fábricas.

¡Qué me importa si Fausto
pasa con Mefistófeles entre hogueras de azufre
sobre el piso encerado de los cielos!
Yo sé
que un clavo en un zapato
es una pesadilla peor que todos los dramas de Goethe.

Yo,
que tengo pico de oro más que nadie

y con cada palabra
renuevo el alma
y hago cantar al cuerpo,
os digo
que la más diminuta partícula de vida
es más que lo que he escrito y lo que escribiré.

¡Escuchad!
Predica, entre gemido y convulsiones,
con los labios aullantes, el Zaratustra de hoy:
¡Nosotros, los de rostro de sábana sudada,
los de labios que penden por la angustia,
nosotros,
galeotes de ciudad-leprosería
llegada por el oro y por la roña,
somos más puros que todos los azules de Venecia
lavados a la vez por mares y por soles!

¡Me importa un bledo
si en Homero y Ovidio
no sale gente así, como nosotros,
salpicada de hollín!
Yo sé
que el sol se entenebreería
si viera el oro que hay en nuestras almas.

Los músculos, los nervios, son más seguros que las oraciones.
¡Y nunca pediremos una limosna al tiempo!
¡Cada uno de nosotros
tiene en sus cinco dedos
las riendas que mueven al mundo!

Por eso yo he subido al Gólgota de los auditorios
de Petrogrado, de Moscú, de Odesa y de Kíev,³
y en ellos no hubo nadie

3 Ciudades en las que Maiakovski y sus compañeros futuristas dieron conferencias durante el período 1913-1914.

que no gritase:
«¡Crucificadlo,
crucificadlo!»
Pero vosotros, hombres,
sois –incluso aquellos que me han ofendido–
lo que siento más cerca y más amado.

¿Nunca habéis visto
que el can lame la mano a quien le pega?

Yo,
encarnecido por los hombres de hoy,
como una larga
anécdota escabrosa,
por los cerros del tiempo veo venir
a aquel que todos es aún invisible:
Allí donde no llega la vista de los hombres,
en cabeza de la horda famélica,
avanza el año dieciséis
con la corona de espinas de las revoluciones.

Entre vosotros, yo
soy su profeta,
y estoy allí donde hay dolor.
Me crucifico donde
mane una sola lágrima.
Hoy ya no puede perdonarse nada.
He incendiado las almas donde se cultivaba la ternura.
¡Y eso es más difícil que tomar
miles y miles de Bastillas!

Cuando
proclamando con la revuelta
su advenimiento
salgáis a recibir al salvador,
yo me arrancaré el alma,
pisoteándola

para hacéroslo grande
y entregároslo ensangrentada, igual que una bandera.

III

¿Por qué todo eso?
¿De dónde sale?
¿Por qué esos puños sucios cerrados
entre esta alegre claridad?

Llegaste,
y mi mente se cubrió, con desesperación,
con la idea del manicomio.
Y, como en el naufragio de algún acorazado,
con espasmos ahogados,
los hombres se echan por las escotillas,
así,
por su único ojo, herido como un grito,
enloquecido, trepaba Burluik.⁴
Casi en sangre los párpados quemados por las lágrimas,
se arrastró fuera,
se puso en pie,
se me acercó
y con ternura, impensable en un hombre tan gordo,
me dijo:
«¡Muy bien!»
Muy bien, si en tu blusa amarilla
consigues esconder de las miradas tu alma,
Muy bien,
sí, ya en los dientes del patíbulo,

4 *Berliuk, David* (1882-1967): pintor y poeta futurista, amigo de M., y que había perdido un ojo en la infancia. Fue organizador del grupo cubo-futurista. Residió en los Estados Unidos desde 1922.

se grita
«¡Bebed cacao Van Guten!»⁵

Este segundo
resplendente
de luces de bengala
yo no lo cambiaría por nada,
ni siquiera por...

De improviso, entre el humo del cigarro
y del vapor de vinos y licores,
ebria, se alza la faz de Severianin.⁶

¿Se atreverá a creerse que es poeta
con todos sus grititos de cotorra?
Hoy
hace falta
con la manopla de acero
incrustarse en el cráneo del mundo.

Vosotros,
a quienes sólo preocupa una cosa
(«¿Soy, de verdad, elegante en el baile?»),
ved cómo me divierto,
yo,
chulo de calleja,
tahúr de naipes.

De vosotros,
que estáis por el amor reblandecidos,
de vosotros,
que ya hace siglos que lloriqueáis,

5 Se refiere al caso, muy comentado en la época, de un condenado a muerte que, en el momento de la ejecución, lanzó este grito publicitario, por haber la empresa pagado al efecto una cantidad a su familia.

6 *Severianin, Igor* (1887-1941): poeta, que después se hizo reaccionario, y decadente, miembro del grupo denominado “ego-futurista”.

me alejaré,
el sol como monóculo
colocado en mi ojo semiabierto.
Y, ataviado de increíble modo,
marcharé por el mundo,
por gusto y por brillar,
y ante mí
irá, como un perrito, Napoleón atado a su cadena.

El mundo, igual que una mujer, se tenderá
y ondulará sus carnes para dársele.
Se animarán todas las cosas
y, a mi paso, sus labios
susurrarán:
«Chulo, chulo, chulo.»

De improviso,
las nubes y las pálidas nieblas
provocan en el cielo violenta agitación,
como amarillos que se separan
después de declarar una huelga furiosa contra el cielo.

Un trueno ferozmente retumba entre las nubes,
se sonó las narices con aire fanfarrón,
y el rostro de los cielos se arrugó en un instante
con la mueca severa del acerado Bismarck.

Alguno
que se había perdido entre las sendas de las nubes
tendió sus brazos a un café,
de una manera femenina
y casi tiernamente,
igual que una cureña.

¿Vosotros os creéis
que venga el sol a darle con dulzura
al café un cachetito en la mejilla?

No, que es el general Galiffet⁷ el que de nuevo llega
y fusila otra vez a los rebeldes.

Holgazanes, sacaos de una vez las manos del bolsillo
y agarrad una piedra, un cuchillo, una bomba,
y si hay alguno que no tenga manos
que venga igual y a cabezazos luche.

¡Venid, hambrientos,
mugrientos,
resignados,
roñosos y comidos de piojos!

¡Venid!

¡Que los lunes, los martes,
con sangre tengan rojo de las fiestas!
¡Bajo el cuchillo, que la tierra recuerde
quién la quiso ultrajar!
¡La tierra,
cebada como una amante
de las que se tira Rotschild!

Que las banderas ondeen en la fiebre de las balas,
y, cual pasa en las fiestas que son como es debido,
¡levantad aún más alto, postes de los faroles,
las carroñas mugrientas de mercader colgadas!

Blasfemaba,
imploraba,
insultaba,
saltaba sobre alguno
a clavarle los dientes.

⁷ *Gallifet*: general francés, responsable de las matanzas de los trabajadores después del fracaso de la Comuna de París.

En el cielo, rojo como la Marsellesa,
se estremece, muriendo, el crepúsculo.

Ahora es volverse loco.

Nunca más pasará.

Vendrá la noche,
a morder,
a devorar.

El cielo nuevamente se vende como Judas,
por un puñado de estrellas de traición salpicadas.

Ha llegado.
Silla como en Mamai,⁸
sentados sobre la ciudad.
Con la mirada no atravesamos esta noche,
tan negra como Azef.⁹

Yo, encogido en el fondo de una taberna lóbrega,
mientras riego con vino el alma y el mantel,
descubro, en un rincón,
unos ojos muy abiertos:
los ojos amorosos de una Virgen María.

¿Cómo rescataré esta aura de estampa
de entre las manos puercas de los beodos gritones?
¿No lo veis, que, de nuevo,
al mártir del Gólgota, cubierto
de escupitajos, prefieren Barrabás?

8 Alusión a una costumbre tártara: el vencedor celebraba la victoria en un palanquín, sentado sobre los cadáveres de los vencidos.

9 *Azef*: agente provocador de la policía zarista.

Quizá, yo, es de propósito
si surjo entre la humana porqueriza
con el mismo semblante que los otros.
Yo
soy, tal vez,
el más hermoso
entre todos tus hijos.

Concédeles,
en la calma alegría,
en la rápida muerte del tiempo,
que los hijos deben criar,
si son chicos, que lleguen a sus padres,
si son chicas, a dulces preñadas.

Y haz que los recién nacidos tengan
las canas estudiosas de los magos,
que ya vendrán
a bautizar a sus hijos
con nombres de mis versos.

Yo, que exalto a Inglaterra y a las máquinas
acaso, simplemente,
en algún Evangelio más sencillo,
soy el apóstol decimotercero.

Y siempre que mi voz
resuena obscenamente,
hora tras hora,
día tras día,
acaso Jesucristo viene a oler
las flores de mi alma.

IV

¡María! ¡María! ¡María!
¡Déjame entrar, María!
¡No puedo quedarme en la calle!
¿No quieres?
¿Esperas
que las mejillas se me sequen
y, sorbido, chupado,
insípido,
venga a,
desdentado, mascullar
que ya soy
maravillosamente casto?
María,
¿no ves que ya
comienzo a ir encorvado?

Por la calle, la gente
que lleva en la barriga cuatro capas de grasa
abrirá como platos
los ojos, fatigados por cuarenta años de uso,
y se harán guiños
porque yo, entre los dientes,
de nuevo,
noto restos que quedan de caricias de ayer.

Salpicaba de llanto las aceras la lluvia,
ladrón surgido de los charcos
que, empapado, lame el lapidado cadáver de las calles,
y por las cejas blancas
—¡sí!—
y pestañas de hielo
van goteando las lágrimas
—¡sí!—
que caen de los ojos de otros desagües.

Lamió a los transeúntes el morro de la lluvia,
pero gordos atletas brillan en los carruajes:
algunos reventaban, cebados como cerdos,
y a través de los poros el sebo goteaba.
Igual que un turbio arroyo, manaban de los coches
junto con pan pringado,
restos de comistrajos ya pasados.

¡María!
¿Cómo haré entrar una palabra dulce en su grasiento oído?
Un pájaro
mendiga con sus trinos,
canta,
gorjeante y hambriento,
pero yo soy un hombre, María,
nada más,
que la tísica noche esputó entre las manos mugrientas de la Présnaia.¹⁰

María, ¿quieres un hombre como yo?
¡Déjame entrar, María!
Estrangularé con los dedos crispados la campanilla de tu puerta.

¡María!

Las calles se enfurecen.
Arañan en el cuello los dedos de la masa

¡Abre!

¡Me duele!

¿Ves? tengo clavadas en los ojos
agujas de sombreros femeninos.

¡Has abierto!

10

Bolsbaia Présnaia: calle en donde vivía Maiakovski.

Bonita,
no tengas miedo
si en mi cuello de toro hay,
como una húmeda montaña, mil mujeres sudorosas:
es que yo arrastro por la vida
miles de amores puros, grandes,
y miles de millares de sucios amoríos.
No tengas miedo
si de nuevo
te vuelvo a ser infiel
acariciando a miles de caritas preciosas.
Las fascinadas por Maiakovski
son ya una dinastía,
reinas entronizadas en el alma de un loco.

Ven, María, más cerca.
Sin pudor y desnuda,
o acaso con un tímido temblor,
dame el jamás marchito
encanto de tus labios.
Mi corazón y yo tan sólo una vez
hemos llegado a abril,¹¹
y en la vivida
hay sólo un centésimo marzo.

¡María!
El poeta canta sonetos a Tiana,¹²
pero yo,
hecho todo de carne,
humano todo,
sólo pido tu cuerpo,
como un cristiano pide

11 En Rusia, la primavera sólo comienza, realmente, en mayo. El original de Maiakovski dice, pues, que su “vida vivida” no tuvo nunca mayo, es decir, primavera, porque nunca pasó de abril.

12 Soneto de Severianin.

el pan de cada día.
¡Dámelo, pues, María!

¡María!
Temo olvidar tu nombre,
como el poeta temerá olvidar
alguna palabra nacida
en el tormento de la noche,
sublime como Dios por su grandeza.

Amaré, cuidaré
tu cuerpo
como el soldado
mutilado de guerra
inútil,
solo,
cuida su única pierna.

María,
¿no quieres?
¿No quieres?
Bueno. De nuevo, pues,
sombrió y cabizbajo,
tomo mi corazón
salpicado de lágrimas
para llevarlo,
igual que un perro
arrastra
hasta el cubil
el brazuelo que el tren le ha aplastado.

Mancho el camino con sangre de mi alma,
que en flores se me pega
al polvo de la ropa.
Danzará el sol mil veces, cual la hija de Herodías,
en torno de la tierra,
cráneo del Bautista.

Y cuando ya mi tiempo
haya danzado hasta el final,
de millares de gotas de sangre
se cubrirá la senda
que conduce a la casa de mi padre.

Yo saldré entonces,
sucio (de tanta noche pasada en la cloaca)
y me pondré a su lado,
me inclinaré
y le diré al oído:

¡Escucha, Señor Dios!
¿Tú no te aburres
mojando cada día
los ojos en toda esta gelatina de nubes?
¡Anda, vamos a hacer
un ti vivo al lado
del árbol de la ciencia del bien y del mal!

Ubicuo, tú estarás en cada armario,
y a la mesa traeremos tales vinos
que incluso el taciturno apóstol Pedro
se nos pondrá a bailar el ki-ka-pú.¹³
Y el Paraíso, una vez más, llenaremos de Evas.
Una palabra tuya,
y yo esta misma noche
por todas las callejas reúno para ti las más bellas muchachas.

¿Quieres?

¿No quieres?

¿Sacudes tu cabeza melenuda?
¿Me frunces tus cejas canosas?

13 *Ki-ka-pú*: danza muy de moda en la época.

Pero tú
¿te crees
que ese que está detrás tuyo con alitas
sabe algo de amor?

También yo soy ángel, lo fui.
Tenía una mirada de manso corderillo,
pero ya me he cansado de ofrecer a las yeguas
jarros de porcelana fabricados en Sèvres.
Tú, Todopoderoso, inventaste las manos,
y una cabeza
nos diste a cada uno:
¿por qué no hiciste
que, sin tormentos, se pudiera
besar, besar, besar?

Creía que eras un diosazo omnipotente,
y eres un diosecillo ignorante y minúsculo.
Mira, me agacho
y de la bota
me saco la navaja.
¡Embusteros alados!
¡Acurrucaos en el cielo!
Encoged, temblorosas y espantadas, las plumas
y temblad de pavor!
¡Tú, santurrón!: ¡Te voy a hacer un chirlo
de aquí a Alaska!

¡Dejadme!

No me detendréis.

Cierto
o errado,
no podría estar más tranquilo.
Mirad:
han decapitado de nuevo las estrellas

y dejaron el cielo empapado de sangre.

¡Oye, tú!

¡Cielo!

Fuera el sombrero,

que me marchó.

En silencio.

El universo duerme,

apoyada en la pata

la enorme oreja llena de estrellas.

HIMNO AL CIENTÍFICO¹⁴

La población de todos los imperios
—hombres, aves, ciempieses—,
erizados las plumas y el cabello,
se agolpó en la ventana, desesperada de curiosidad.

Y se interesa el sol, y abril también,
y el deshollinador sucio de hollín,
por el impresionante e infrecuente espectáculo:
la figura de un célebre científico.

Lo miran y remiran, y no lo ven humano.
Y no es un hombre, cierto, sino una encliquez bípeda
que tiene por cabeza un libro titulado
«Tratado de berrugas brasileñas.»

Con los ojos mastica la letra y la devora
—¡pena me da la letra!—.
Acaso el ictiosauro extinguido mascó
así alguna violeta entre sus maxilares.

Tiene hundidos los hombros, como molido a palos,
mas ¿qué importa a un científico defecto tan trivial?
Él sabe con certeza, porque lo dijo Darwin,
que somos, nada más, descendientes de simios.

Se filtra el sol por una estrecha grieta
igual que el pus de una pequeña herida
y va a esconderse entre el montón de trastos
de un polvoriento estante.

14 *Himno al científico*: dirigido contra las torres de marfil, aisladas de la vida del pueblo, en donde vivía la ciencia burguesa.

Un corazón de chica hervido en yodo.
Un trozo endurecido de hace ya dos veranos.
Y, clavado en un hierro, hay algo que parece
la cola disecada de un pequeño cometa.

Se pasa aquí las noches. Desde las galerías
ríe de nuevo el sol de las tristes humanas pequeñeces
y abajo, por la acera, una vez más los chicos de primero
van, enérgicamente, al instituto.

Pasan, orejas rojas, pero a él no le indigna
que el hombre crezca estúpido, sumiso.
En cambio, sí podrá, en cualquier momento,
extraer bien una raíz cuadrada.

HIMNO AL CRÍTICO

Del amor de un cochero y de una lavandera lengualarga
el resultado fue un desmedrado chico.
No es cualquier cosa un hijo, no se le va a tirar a la basura:
la madre lloró un poco, y decidió después llamarlo crítico.

El padre, conversando y apelando a la genealogía,
gustaba discutir los derechos maternos.
Y esta educación, tan social, tan de mundo,
al chico desvió de su innata tendencia a lo vulgar.

Igual que el cocinero charla con la portera
charloteaba su madre lavando calzoncillos.
Y de la madre el hijo heredó un gran olfato
y la capacidad para investigaciones, sin jabón, muy rápido.

Cuando creció —un ceporro, más o menos—
y las pecas se le extendieron por la cara igual que las lentejas en
[un plato,
con una elegantísima patada en el trasero
lo echaron a la calle, a que se hiciera un hombre.

¿Qué necesita un hombre? Pues necesita un poco de dinero,
un par de pantalones y algo para comer.
Con su nariz magnífica, a cinco cópecs línea,
olió el maravilloso mundo de los periódicos.

De cierto personaje dotado de algún nombre,
fue delicadamente a llamar la puerta.
Y el crítico, enseguida, mamó del personaje
y tuvo pantalón, pan y corbata.

Bien vestido y calzado, le es fácil aprender
el exquisito juego del joven literato,
y piensa: «pues bien: con esto, por lo menos,
voy a meterle el diente al alegre caviar.»

Pero como se infiltre en la red de la prensa
algo sobre lo grandes que eran Pushkin o Dante,
parece que se esté pudriendo en el periódico
un lacayo grasiento y gigantesco.

Y cuando en un aniversario, finalmente,
os despierte un aroma de incensario,
su nombre es el primero que, como una paloma,
nítido brillará sobre la pitillera de homenaje.

Escritores: somos muchos. Recoged un millón.
Y en Niza levantemos un hospicio a los críticos.
¡Pensad en lo difícil de enjuagar cada día
nuestra ropa interior en todos los periódicos!

UNA ACTITUD AMABLE ANTE LA CORRUPCIÓN

¿Será posible que los poetas hayamos de escribir sobre el soborno?
Chatos, no queda tiempo. No sé a dónde iremos a parar.
Y es que los sobornados,
por lo menos por serlo,
no deberíais recibir propinas.
Yo, que a fuerza de versos me gano las alubias
—la verdad, pocas veces, porque soy principiante—,
soy también ¿veis? un ciudadano ruso,
lleno de amor sincero hacia todo oficial o funcionario.
Yo llego, y lloriqueo todas mis peticiones
reclinado en un pecho vestido de uniforme.
El funcionario piensa: «¡Jolines, vaya suerte!
Éste me deja aquí doscientos rublos.»
A veces, sin ninguna protección,
sólo insultos obtienes.
«¡Anda! Qué suerte —piensa el funcionario
si pudiera sacarle trescientos a esta tía.»
Ya sé que os hacen falta doscientos o trescientos.
Tomadlos y ya está, a aquél o al otro,
que yo no insultaré a ningún comisario.
Acaso también el tiene unos hijos.
Pero es muy fatigoso ordeñar de uno en uno.
Así se tarda años.
Mirad lo que he pensado expresamente, sí, para vosotros.
¡Señores!
Destrozad los armarios, los cofres y las cajas,
atrapad el dinero, las joyas de mamá,
y que cualquiera, con las manos limpias,
pueda llevarse así hasta el último rublo.
Llevaos la ropa. Hasta la más usada.
¡Mamá! ¡Quítate tu abrigo de borrego!

Registrad los bolsillos de aquellos pantalones:
tienen cuarenta cópecs olvidados.
Empaquetemos todo, lo ataremos
nosotros mismos, y nos inclinamos
sin derecho y sin ropa, y os decimos:
¡Ahí lo tenéis!
¿Qué hemos de hacer nosotros, manirroto que somos del dinero?
¡Si ni sabemos en qué hay que gastarlo!
¡Lleváoslo, majos, no os preocupéis!
¡Si es que sois nuestros padres, nosotros vuestros hijos!
Los dientes rechocando por el frío,
quedaremos desnudos bajo el desnudo cielo.
¡Lleváoslo, majos! Eso sí: de prisa,
para que de todo esto ya no se escriba más.

DEDICATORIA A LILA¹⁵

8 de octubre.
1915.
La fecha
exacta
del rito
de mi consagración como soldado.

«¡Escuchad!
Todos,
incluso los inútiles,
han de vivir.
No podéis,
no se puede,
en las tumbas de la trinchera y el refugio
enterrar a los vivos.
¡Asesinos!»

No escuchan.
Un suboficial que pesaba cien kilos me apretó como una prensa.
De una oreja a otra oreja me pelaron al cero.
Como diana,
en la frente
colocaron la cruz
de recluta.

Ahora yo también marcharé hacia occidente.
Y andaré sin parar

15 *Lila O. Brik* (1891-1978): amiga y amante de M., de quien éste estuvo toda la vida enamorado y a quien dedicó la casi totalidad de su obra, de la que, junto a la revolución, fue inspiradora. Óssip Brik (1888-1945): escritor, marido de Lila Brik, amigo de M.

hasta que tus ojos puedan ya llorarme
ante el título
«Muertos»
en negrillas impreso.

HOMBRE¹⁶

Sacerdote del mundo, que todos los pecados absuelve, el sol tiende la mano sobre mi cabeza. Más piadoso que todos los que llevan vida monacal, reposan sobre mis hombros los parámetros de la noche. Beso el evangelio de mil páginas de mis días de amor.

Invocando el perdón del amor con dolor resonante,
con el alma
anhelo una procesión nueva.
Escucho,
tierra, tu
«Hoy has de perdonar.»

En el arca de la noche,
nuevo Noé,
espero
que una inundación de planetas
venga,
me siga
y corte las amarras de la tierra
con la segur del alba.
¡Viene!
Ya ha llegado.
Se descubre.
Luces por todas partes
que causan inquietud.
Los goznes han sonado leves,

16 Este poema cierra y corona el período de creación de Maiakovski anterior a la revolución rusa, presentando la posición del poeta sobre el lugar del hombre en la vida. El héroe de poema —el hombre—, dotado de enormes posibilidades y personificado por el autor, muere, sube al cielo, y vuelve a la tierra, muchos miles de años después, con toda su humana fragilidad.

y sumisamente entran los días
con su corteza de alboroto.

De nuevo el sol,
que llama a sus ardientes capitanes.
Bate el tambor del alba
¡y avante,
contra la suciedad de la tierra!
Conque,
Sol:
¿así olvidarás tu mejor pregonero?

NACIMIENTO DE MAIAKOVSKI

Que, aguzados por sus contemporáneos, los imbéciles historiadores escriban, pues: «El insigne poeta vivió una vida aburrida y sin interés alguno.»

Bien lo sé:
no invocarán mi nombre
los pecadores que en el infierno sufren.
No caerá en el Gólgota
mi telón, entre aplausos de los popes.
Así que,
en el Jardín del Estío,
beberé de mañana mi café.
En el cielo de mi Belén
no brilló signo alguno
y no ha impedido nadie
con tumbas
que durmieran los magos de rizados cabellos.
Fue como todos absolutamente
—igual hasta dar asco—
el día
que llegue entre vosotros.
Y a nadie

se le ocurrió avisar
a la indiscreta,
cercana estrella.
«La estrella —dice—
no tiene ganas
de brillar porque sí para ti.
Si no nace
este día hombre alguno,
ni el diablo siquiera,
la estrella
¿por qué tendría
que relucir?»

Fijaos:
pescamos con las redes
de fantasía al pececillo que habla
y cantamos,
cantamos al pez de oro
celebrando el valor del pescador.
¿Por qué no he de poder?
cantarme a mí mismo,
si todo yo
soy un prodigio inacabable,
si cada gesto mío
es una inmensa
inexplicable maravilla?

Mirad mis dos costados:
estrellas
veréis de cinco puntas.
Se llaman «manos.»
¡Son dos manos perfectas!
Mirad:
puedo moverlas de derecha a izquierda
y de izquierda a derecha.
Mirad:
el mejor cuello

puedo elegir
y con una abarcarlo.

Abridme el estuche del cráneo:
relucirá
la mente más preciosa.
¿Hay algo
quizá que yo no pueda?
¿Queréis que invente un nuevo
animal?
Andará
en sus tres patas
o con dos colas.
Quien me haya dado un beso
puede decir
si existe
néctar más dulce que el de mi saliva.
En ella descansa
una bella
lengua roja.
Puedo hacer «Oh-oh-oh»
y sonará alto, alto.
Puedo hacer «Oh-oh-oh»
y, halcón de cacerías de poeta,
la voz
bajará dulcemente a los humildes.
No os lo contaré todo,
pero, vaya:
para hacer
del invierno verano
y que en buen vino se convierta el agua,
bajo la lana
de mi chaleco
late
una potencia extraordinaria.
Si bate a la derecha, hay una boda.
Y, si lo da a la izquierda, tiemblan los espejismos.

¿A quién tender aún
para amar?
¿Quién yace,
ebrio,
disfrazado de noche?

Una lavandería.
Lavanderas.
Muchas, y hay humedad.
¿Habría que alegrarse, acaso, de las nubes de pompas de jabón?
¡Mirad,
el ciempiés de jamón desaparece!
¿Quiénes son?
¿Las hijas de cielo y del alba?

La tahona.
El tahonero.
Cuece los panecillos.
¿Qué es un tahonero?
Un cero embadurnado con harina.
De improviso,
ante los panecillos
se inclinan mástiles de violines.
Él toca
y toda cosa se enamora de él.

La zapatería.
El zapatero.
Un bribón y un mendigo.
A las botas
les hace falta
algún arreglo.
Una mirada:
hay sobre un arpa
unas polainas.
Lleva corona.
Y es un príncipe
alegre y diestro.

¡Soy yo
quien enarbola
el corazón igual que un estandarte,
inaudito prodigio de nuestro siglo veinte!
Y los romeros han dejado la tumba del Señor.
Los creyentes no acuden hacia la antigua Meca.

VIDA DE MAIAKOVSKI

Un rugido alborota la cueva de los banqueros, de los magnates, de los señores.

Salieron
las armaduras,
con tintineo de oro.

«Si el corazón lo es todo
¿por qué, entonces,
por qué,
te he atesorado, oh amado dinero?
¿Cómo se atreven a cantar?
¿Quién les dio ese derecho?
¿Quién les manda a los días
hacerse amigos?
¡Vallad el cielo!
¡Ceñid la tierra de calles!»
Alardeaba:
«¿Manos?
¡Pues a las armas!
¿Tú le has hecho caricias al verano?
Así, serás
—del todo—
un espinoso erizo.
¡Humillad vuestra lengua
con tanto cotilleo!»
Acorralado en el terrestre coso

arrastro el yugo cotidiano.
Y a horcajadas
sobre el cerebro
«la ley.»
Y sobre el corazón, una cadena:
«la religión.»

La mitad de la vida ya ha pasado. Ahora no escaparás.
El carcelero de millares de ojos:
de luces, luces, luces.

Yo soy un prisionero
¡Y no tengo manera de escaparme!
Me ha encadenado la maldita tierra.
A todos salvaría con mi amor
¡y el mar está en las casas agolpado!
Grito.
¡Escúchame!
Rumor de llaves.
Mueca del carcelero.
Arroja
con la punta de un hierro
un pedazo de carne podrida.

Riendo a carcajadas
-jahhh-
me arrastro en el delirio de la fiebre.
Resuena
la bola del mundo
encadenada a mi tobillo.
El oro ha cerrado con llave
mis ojos.
¿A quién guiará un ciego?
¡Para siempre
yo
estoy encarcelado
en este cuento absurdo!

¡Abajo el fardo
de la ficción sublime!
Se rebelan
las musas
de los vasallos condenados.
Vosotros que creéis en los pavos reales
—una invención de Brehm—,¹⁷
vosotros, que creéis en las rosas
—mentira de botánicos ociosos—,
mi impecable
descripción de la tierra
lanzad de un siglo en otro.

Separándose de los meridianos,
de las líneas atlánticas,
espumeante,
la metamorfosis del oro
hace resonar francos,
dólares,
rublos,
coronas,
marcos,
yens.

Y se ahogan genios, gallinas, caballos, violines.
Elefantes se ahogan.
Y mil cosas menudas.
En las gargantas,
en las narices,
en las orejas, un trueno viscoso:
«¡Socorro!»
Nadie escucha el lamento inaccesible.

17 *Alfred Edmund Brehm* (1829-1884): zoólogo alemán, cuya obra *Tierleben* (Vida de los animales), publicada a partir de 1864, describía la vida y los hábitos de los animales y fue muy popular hasta nuestro siglo. Había gente que no creía que existieran algunos de los animales descritos por Brehm.

Pero en medio,
rodeada de una orla imperturbable,
islote intacto, una alfombra de flores.
Aquí
vive
el Sumo Soberano,
mi rival,
mi invencible enemigo.
Finísimos adornos en su calzado elegantísimo.
Bandas preciosas en sus calzones de gomoso.
La corbata,
de color atrevido,
de grueso cuello
desciende al mapamundi de su vientre.

Mueren en su redor.
Más, perforando el cielo,
en honor
de tu alta dignidad,
alteza:
¡Bra-a-vo!
¡Viva!
¡Banzai!
¡Hurrah!
¡Hoch!
¡Hip, hip!
¡Vive!
¡Hosanna!

Los truenos les reprochan su potencia
a los profetas.
¡Estúpidos!
¡Es él,
que lee a Locke!¹⁸
Le gusta.

18 *Locke, William John* (1863-1930): escritor inglés, autor de novelas sentimentales, la más famosa de las cuales fue *The Beloved Vagabond* (El vagabundo amado), 1906.

A su risa,
relucen,
tintinean,
las cadenas con dijes de su panza.
Quedamos
mudos
ante la obra del heleno.
Pensamos:
«Pero ¿quién?
¿dónde?
¿cuándo?»
Pero él
era esto
lo que al difundo Fidias¹⁹
le había ordenado:
«Quiero
bellas mujeres en luciente mármol.»
Son las cuatro.
Un pretexto excelente:
«¡Esclavos,
quiero comer de nuevo!»
Y Dios,
su experto cocinero,
con arcilla
plasma la carne del faisán.
Se acuesta,
tras de haber modelado, para el amor, una hembra.
«¿Quieres ahora
la más preciosa de todas las estrellas?»

Y
para él
una legión de Galileos,
ojos al telescopio, entre los astros hurga.

¹⁹ *Fidias* (500-417 a C): escultor clásico griego, responsable, con su escuela, de las esculturas de Partenón.

Las revoluciones estremecen el meollo de los reinos,
del humano rebaño se cambian los pastores,
¡pero ninguna revuelta te toca
a ti,
de las almas señor no coronado!

PASIÓN DE MAIAKOVSKI

¿Oís?
¿Oís el relinchar de los caballos?
¿Oís?
¿Oís el aullido de los automóviles?
Van,
son los ciudadanos que van
a darse un baño en su abundancia.
Hay una multitud.
Me oculto entre la gente,
turbado y mísero.
Me aferro a las riendas.
Me agarro
a los vestidos, a las faldas.

¿Qué es esto?
¿Tú?
¿A eso has llegado?
¿Aprendiste a mentir y a ser hipócrita?
Como el rojo fanal de un burdel
son mis ojos,
inyectados en sangre.
¿Por qué?
¡Espera!
¡Yo conozco alegrías aún más dulces!
Altivamente tus pestañas se agitan como un bosque.
¡Espera!
Ya se ha marchado.

Y allí, alzándose sobre nuestras cabezas, Él.

Aunque vestido hasta los pies,
su cráneo brilla,
calvo,
y a todo da esplendor.
Sólo
en la última falange
del anular,
bajo el brillante,
tres
pelillos se alzan.

La veo: está muy cerca.
Se inclina hacia la mano.
Sus labios a los pelos
les dicen no sé qué.
«Flautín» llaman a uno
y «Nubecilla» a otro
y, al tercero, con el secreto resplandor
de un nombre
que ahora mismo he creado.

ASCENSIÓN DE MAIAKOVSKI

Yo soy el poeta. Enseñad a los niños: «El sol se levanta sobre la hierba de la estepa.» Del lecho del amor, bajo sus cortos cabellos, se alza el rostro de la amada.

Con los ojos ha lanzado una flecha.
¡Aleja tu sonrisa!
Pero el corazón desea un tiro
y la garganta anhela una navaja.
Es un delirio incoherente sobre el demonio
aumenta mi tristeza.
Viene tras mí,

me conduce hacia el agua,
me lleva hasta el alero de un tejado.
La nieve en derredor.
Todo un monte de nieves.
Girarán en turbión y morirán.
Y cae
—una vez más—
sobre el hielo
una helada esmeralda.
El alma tiembla.
¡Está en medio del hielo
y no puede salir!
Caminaré, hechizado,
por la orilla del Neva.
Me muevo,
y estoy de nuevo aquí.
Corro,
y nuevamente en vano.

Ante mí se levanta una casa.
Tras el hielo de la ventana
se abre
el alba barriguda.

¡Fuera!

El gato maullaba.
Al arder, humeaba
la lámpara.
Llamo a la campanilla.
¡Farmacéutico!
¡Farmacéutico!
Pendo de los bastones de las piernas.

Crecieron
y se embrollaron mis ideas,
astas
de ciervo.

Alfombrando de llanto
el pavimento,
yo yacía, invocando
mi perdido paraíso.

¡Farmacéutico!
¡Farmacéutico!
¿Dónde
puede el corazón
hasta el fondo
apurar la tristeza?
¿En los llanos del cielo sin fronteras,
en el delirio del Sahara,
en el loco calor de los desiertos,
hay un refugio para los celosos?
Detrás de los cristales de los frascos
se esconden mil misterios.
Tú conoces la más alta justicia.
Farmacéutico,
haz
que yo pueda
conducir a mi alma,
sin dolor,
por los vastos espacios.

Tiende la mano.
Un cráneo.
«Veneno.»
Un hueso cruzado sobre otro.

¿A quién da eso?
Yo soy inmortal,
tu sospechado huésped.
Los ojos, ciegos.
La voz, enmudecida.
La razón detrás suyo ha cerrado la puerta.
Así, pues, ¿qué
—¡veamos!—

ha visto en mí
que deba destruirse con veneno?
Un turbio pensamiento se abrió paso en la mente del cretino.
Gente desocupada en las ventanas.
Se erizan los cabellos.

Y yo, de pronto,
vuelo ligero alrededor.
El techo se ha abierto por sí solo.

Chillidos.
Estrépito.
«¡Está sobre la casa!»
Sobre la casa estoy.

La iglesia en el ocaso.
La cruz es un cabo de vela.
¡Adelante!
Las cimas de los bosques.
Graznido de los cuervos.
¡Adelante!

¡Estudiantes!
¡Son tonterías
todo lo que sabemos y estudiamos!
Física, química, astronomía: absurdos.
Lo he deseado,
y estoy volando
sobre las nubes.

¡Puedo ir por todas partes!
Rebélate, fangal de las baladas poéticas.
Cantad ahora,
cantad ahora al nuevo
demonio que usa americana
y brillantes zapatos amarillos.

MAIAKOVSKI EN LOS CIELOS

¡Stop!

Descargo en una nube
el peso
de las cosas
y del cuerpo cansado.

Sitios encantadores, en los que hasta hoy no había estado.

Miro a mi alrededor.
¿Así que es este
área relamida
el tan loado cielo?

Mirémoslo, mirémoslo.

Centellea,
fulgura,
resplandece
y
se oye un rumor:
unas nubes
o bien figuras incorpóreas,
se han deslizado leves.

«Se una bella ti giura amore...»²⁰

20 En este verso, que Maiakovski cita como parte del texto de una ópera de Verdi, ha producido curiosas incidencias en diversas ediciones. La traducción italiana por Ignacio Ambrogio dice que pertenece a *Rigoletto*. En la catalana, de Joaquim Horta y Manuel de Seabra, se dice que es de *La Traviata*. Lilia Guerrero, traductora argentina, substituye este verso por otro, de *Rigoletto*, muy conocido y, por tanto, de rapidísima comunicación, y pone *La donna e mobile*. Y Santos Hernández, único responsable de esta nota, se permite asegurar, humildemente y tras de haberse asesorado lo mejor que ha sabido, que este verso no está en el texto de ninguna de estas dos óperas ni de cualquiera de las más conocidas de Verdi. Acaso nos encontramos ante una equivocación de Maiakovski, que pretenda aludir, por ejemplo, a *Bella figlia dell'amore*, verso que, éste sí,

¿Aquí,
 en la torre del cielo,
 escuchar música de Verdi?
 En una nube hay un orificio.

Miro:

cantan los ángeles.
 Viven muy bien los ángeles.
 Muy bien viven.
 uno de ellos sale
 y amablemente
 rompe el silencio soñoliento:
 «Y bien,
 Vladímir Vladímirovich,²¹
 ¿le gusta el abismo?»
 Y yo respondo con la misma
 cortesía:
 «Un abismo encantador.
 ¡Un abismo de ensueño!»

De entrada, me irritó:

no hay
 ni un rincón recogido
 ni té
 ni, para el té, un periódico.
 Pero poquito a poco me habitué a aquel modo de vida de los cielos.
 Salía con los otros a curiosear
 si había llegado alguien.
 «¡Ah, usted también!»
 Lo abracé muy contento.
 «¡Buenos días, Vladímir Vladímirovich!»
 «¡Buenos días, Abram Vasílievich!²²»

pertenece al tercer acto de *Rigoletto*.

21 El nombre completo del autor es Vladímir Vladímirovich Maiakovski. En el trato normal, los rusos utilizan casi siempre el nombre propio acompañado del patronímico.

22 *Abram Vasílievich Erwin*, amigo de Maiakovski.

¿Y cómo ha muerto usted?

¿Ya se ha habituado?

Qué bromas tan simpáticas, ¿verdad?

Me gustó.

Me puse adelante de la entrada.

Y si se presentaba

algún conocido

lo acompañaba

y le enseñaba, en el teatro de las constelaciones,

las majestuosas escenas de los mundos.

La estación central de todos los fenómenos,

un lío de palancas, de enchufes, de volantes.

Hacia aquí,

y los mundos aflojan,

perezosos, su marcha;

hacia allá,

y girarán mus bruscos, más ligeros.

«Dele vuelta –suplican– más deprisa

y que el mundo se quede desierto.»

¿Qué es lo que quieren?

¿Regar con sangre todas las campiñas?

Me río de su furia.

«¡Qué se vayan al diablo!

¡Que lo inunden si quieren!

¡Me importa un pitol!»

El depósito central de todos los modelos de rayos.

Y aquí, donde se echan las estrellas gastadas.

Un viejo diseño,

no se sabe de quién:

un proyecto frustrado de ballena.

Seriedad,

que hay mucho trabajo.

Quién ajusta las nubes,

quien añade calor a la estufa del sol.

Todo está atrocemente ordenado,
regulado,
tranquilo.
Y nadie da empujones.
Por lo demás, no hace ninguna falta.

Al principio gruñían.
«¡Va zangoloteando y no hace nada!»
Mi trabajo se ofrece al corazón,
pero ¿dónde se encuentra el corazón de quien no tiene cuerpo?
Les propuse:
«Si queréis,
en una nube
me tiendo a lo largo
y me dedico
a miraros a todos.»

«No —me dijeron—. No estamos de acuerdo.»
«Bien. Si no os gusta, no tiene importancia. Yo tenía que
hacer la sugerencia.»
Los herreros del tiempo
utilizan sus fuelles
y un nuevo
año
ya está a punto de solfa.
Desde aquí
se precipita con estrépito
el alud espantoso de los siglos.

No cuento las semanas.
Nosotros,
presos en la cornisa de los tiempos,
no dividimos el amor en días
y los nombres amados no cambiamos.

Me calmé.
En la arena, a los rayos de la luna,
yacía inmóvil,

mezclando las tensiones con los sueños.
Me parecía estar
en una playa, al sur,
aperezado, en calma.
Sobre mí,
tierno, afectuoso,
rueda el eterno mar.

RETORNO DE MAIAKOVSKI

1, 2, 4, 8, 16, mil, millones.

Levántate.
Ya basta.
¡Los ojos hacia el sol!
¿Hasta cuándo estarás aquí, tendido y mudo?

Gruño medio dormido.
«¿Por qué este escándalo?
¿Quién me hace ruido dentro igual que un corazón?»

Quizá es
por la mañana.
Nunca cambia esta luz blanquecina del cielo.

Cuántos siglos
han pasado
y cuántos días se han ido a romper allá a lo lejos.
Y me pregunto,
mirando la Vía Láctea,
«¿No se habrá abierto aquí mi barba, tan canosa?»

Caen las estrellas.
Muevo los ojos.
¡Mira
allá abajo

la tierra, que cae rápida!
En el alma despiertan envidias olvidadas
y, ocioso, el cerebro
construye fantasías.
Ahora
en la tierra
todo ha de ser nuevo.
Fragantes primaveras se abren en cada pueblo.
Acaso las ciudades se iluminaron todas.
Y canta una familia sonrosada y feliz.

Nostalgia.
Más aguda, aún más cada vez.
Majestuosa se eleva una nube;
se enciende, lejos, otra.
Y siempre creo ver
muy cerca
un semblante terrestre.

Estoy tenso
y busco,
entre los otros sitios,
la tierra.

¡Mírala!

Me siento emocionado.
Distingo los mares,
y el monte en el grito del águila.
A mi lado, mi padre.
Como siempre.
Quizá un poco más duro de oído,
y un poco gastado
en los codos
su uniforme de guardabosque.²³

23 El padre de Maiakovski era guardabosque y murió cuando el poeta era pequeño.

Me irrita.
Tiene en tierra
los ojos.
¿En qué tiene las mientes el viejo?
En voz muy baja dice:
«En el Cáucaso²⁴
debe ser primavera.»

Un rebaño incorpóreo
que la tristeza
va persiguiendo.

Irrumpe, colérico, un granuja.

¡Papá,
me aburro!
¡Me aburro, papá!
¡Seducís con el cielo a los poetas imbéciles!
¡Os adornasteis bien,
legión de las estrellas!
¡Sol!
¿Por qué luces tu manto?
¿Es que te crees ser un cardenal?
¡Deja de masticar tus rayos en letargo!
¡Seguidme!
No importa si no tenéis pies;
¿por qué os habíais de ensuciar?
Ni siquiera los chanclos hacen falta en el fango terrestre.

Estrellas,
dejad
de trenzar
la corona de espinas
para la tierra.
Un relámpago rojo.

24 Maiakovski nació en el Cáucaso, en Bagladi (hoy Maiakovski, en honor del poeta). Allí pasó su infancia y allí también murió su padre.

¿Quién va
con sus alas
brillando hacia la tierra?
¿Es el alba?
¡Espera!
Que todavía estamos en camino.

Igual me tenderé sobre un arco iris
que me pondré una cola lo mismo que un cometa.
¿Por qué me habré yo puesto a jugar en el cielo?
En la manga ¿qué horror secreto escondo?

Muestro
a los mundos
mis números
a unas velocidades increíbles.
El alma,
sin asilo hace tiempo,
vibra de pensamientos
sobre días lejanos.
Veo
los hemisferios terrestres como grupos.
En ellos, las ciudades.

El oído distingue, claras, algunas voces.

En veloz movimiento.

«¡Eh, viejecita, hola!»
Se desliza veloz sobre el asfalto.
Se detiene.

Del viajero de los cielos
les asombra la fuerza, de la que ellos carecen.

Voces:
«Mirad,
debe ser el pintor,

que estaba en el tejado.
¡Facilidades!
¡Un trabajo bien duro!»

La multitud
vuelve a ser
presa de sus quehaceres
y en su jornada gira vocinglera.
¿Acaso hay
una garganta
que resuene más fuerte
—más aún que la ciudad—
en medio del estruendo?
¿Quién hará tuyas las explosivas ansias de la calle?
¿Quién pondrá luz en todos los recodos de los túneles?
¿Y quién les detendrá,
cuando perforen
los aviones el hollín del aire?

Por el Ecuador,
desde Chicago,
a través de Tambov,
ruedan los rublos.
Tendiendo el cuello,
corren ansiosos
tropezando con
montañas,
mares,
calles.

Les guía el mismo
calvo invisible,
primer maestro de danza del terrestre can-can.
O bien con el aspecto de una idea,
o bien igual que el diablo,
o bien desvaneciéndose entre nubes, brillante como Dios.

¡Callad, filósofos!
Yo sé muy bien
—no discutáis—
por qué les dieron a ellos la fuente de la vida.
Por romper
los días,
quitarlos de la faz del calendario.
¿Compadecerlos?
Y ellos ¿me compadecen?
¡Han devorado calles,
jardines,
suburbios!
Yo, ¿soy un anticuario?
¡Demostradlo!
Compro un puñal.
Y es muy duce sentir
que ahora estoy
cercano a la venganza.

МАΙΑКОВСКИ A LOS SIGLOS

¿A dónde voy?
¿Por qué?
Por la calle centésima
divago
como una humana
y zumbante colmena.

Los ojos se proyectan
desde los huecos de las ventanas
y, en julio,
será pesadamente,
lejanamente,
abominablemente.

Apaga escaparates y ventanas
la ciudad.

Estoy cansado y triste.

Y, solo allí,
el sanguinario matarife del crepúsculo
destripa la carroña de las nubes.

Voy vagabundo al acaso.
Un puente de leyenda.
Lo atravieso.
Me quedo, preocupado, mirando.
Me detuve, me acuerdo.
Era este esplendor:
esto
entonces
era llamado Neva.

La ciudad aquí estaba.
Una ciudad absurda,
selva de chimeneas.
En esta misma ciudad
pronto
comenzarán las noches,
vítreas, blanquecinas.²⁵

Para julio, kaput.
Nos desnochea en cuando calorece.
Se sale del delirio con un susurro misterioso.
Y, o bien se ve la cruz de una ambulancia,
o bien se oye un disparo.
Luego
todo calla de nuevo.

25 Alusión a las “noches blancas” de Leningrado, que comienzan a mediados de mayo, y que no duran más que de dos a tres horas, y durante las cuales, a menudo de noche y sin luz artificial, puede leerse el periódico en la calle.

Bien sé
que alguien como yo
no puede brillar por mucho tiempo,
cierto,
mas, con todo, es brutal
cuando en cada uno, en miles de faroles,
se ve un único rostro.
¿Cuándo se ha dado una obsesión así?

Encima de la casa,
muy cerca del alero,
vas con los rayos.
Los reúnes en haces.
Me acerco.
Huyes entre la niebla
en mis narices.
Y me quedo de nuevo,
parado, mudo.
Se van los paseantes de medianoche²⁶ yendo.
Noto casi el olor de la piel,
casi el aliento,
casi la voz.
Me parece un fantasma
de pronto aparecido.

Avanzó,
brotando del aire.
No podía
estar sola.
Va como en procesión.
El corazón pesadamente bate.
Regreso a los tormentos de la tierra.
¡Viva
—una vez más—
mi locura!

26 Durante las “noches blancas” en Leningrado la gente tiene la costumbre de pasear por las calles hasta muy tarde, cosa que no sucede en otras épocas del año.

De nuevo los faroles están puestos
en medio de la calle.
Y las casas, igual.
Y del mismo modo,
en la hornacina,
esculpida
la testa del caballo.
«Por favor,
¿es la calle Yukovski?»²⁷

Mira,
igual que un niño mira un esqueleto.
¡Que ojos!
Se inclina hacia adelante.

«Fue de Maiakovski hace mil años.
Aquí se pegó un tiro, delante de la puerta de su amada.»
¿Quién se pegó aquí un tiro?
¿Yo?
¡Mira que inventan cosas!
¡Haz brotar, corazón, una alegría espléndida!
Vuelo
hacia la ventana.
Contraje el hábito en el cielo.

Arriba.
Cada vez más arriba.
Un piso después de otro.
Tapada.
Miro tras de la seda.
Todo igual.
Veo la misma alcoba.

Ha pasado a través de millones de años
igual de joven.

27 En la calle Yujovski, de Moscú, había un edificio adornado con la escultura de la cabeza de un caballo.

Duerme,
la luna reflejada en sus cabellos.
Un momento:
eso que la luna parecía
muestra ser una calva desnuda.

Ahora lo comprendo.
que duerman ahora.
Mano,
apresta la hoja del puñal.
Penetro lentamente.
Observo
y –de nuevo–
amo
y vuelvo
atrás
hacia el amor y la piedad.

¡Buenos días!

Se enciende la luz.
De par en par, dos ojos.
«¿Quién es usted?»
«Soy Nicoláev,
ingeniero.
Ésta es mi casa.
Y usted ¿quién es?
¿por qué molesta a mi mujer?»

La habitación de otro.
Se estremecía el día.
Tensas las comisuras de los labios,
la mujer de otro,
semidesnuda.

Huyo.

Sombra lacerada,
despeinado,
enorme,
corro pegado al muro,
inundado de luna.
Y los vecinos salen,
atándose las batas.
Choco contra una losa.
Arrinconó al portero a empujones.
«¿Qué fue de
la del cuarenta y dos?»
«Una leyenda:
saltó, siguiéndolo,
por la ventana.
Y así descansan
uno junto a otro.

¿Dónde ir ahora?
Donde los ojos
nos llevan.
¿Al campo?
¡Pues sea, al campo!
Tralará-la-la,
tralará-la-la.
tralará, tralará, la-la.

¡Lanzadme un rayo al cuello, como un lazo!
¡Me abrazaré al verano ardiente!
Retumban sobre mí
los grilletos
de un milenio de amores.

Fenecerá todo.
Desaparecerá.
Y el rayo último,
el que mueve la vida, sobre el vacío de los astros
se extinguirá en los postreros soles.

Tan sólo mi dolor
es más terrible.
Me yergo entre las llamas
del fuego inextinguible
de un imposible amor.

FINAL

Inmenso espacio,
al vagabundo
acoge
nuevamente en tu seno.

¿Qué cielo ahora?
¿Qué estrella?

Con mil iglesias
bajo mis pies,
atraía
y atrae aún el mundo:
«¡Descansa en paz!»

ODA A LA REVOLUCIÓN

A ti,
silbada,
burlada,
acribillada.

A ti,
agujerada por enconadas bayonetas,
levanto extasiado,
solemnemente esta oda,
por encima de la marea de insultos.

¡Oh!
¡Oh, bestial!
¡Oh, ingenua!
¡Oh, mezquina!
¡Oh, grandiosa!

¿Qué nombres no te habrán dado?
¿Cómo devendrás aún con el tiempo,
recia arquitectura constructiva,
o simplemente un montón de ruinas?

A ti, maquinista cubierto de hollín,
a ti,
minero que cavas las moles primigenias de la tierra.
Bendito seas,
Bendito seas, bienaventurado.
¡Gloria al trabajo humano!

Y mañana,
San Basilio,
catedral de los fieles.

Te aclamará con unción,
implorando perdón.
Con tus tenaces cañones,
harás estallar al milenario Kremlin.

«Gloria»,
ruegan con voz apagada en vísperas de la muerte
Aúllan las sirenas apenas sofocadas.

Tú envías a los marineros,
a los hundidos cruceros,
para salvar aún a aquellos
allí, donde maullaba olvidado el único gato.

Y después,
aullaba una multitud ebria,
los bigotes retorcidos, desafiantes.

Tú echas a culatazos a los canosos almirantes
desde el puente Helsinki hacia abajo.

Surgen las heridas del pasado,
y yo de nuevo veo como todo se desangra.
¡Ustedes, cómodos pequeñoburgueses!
¡Oh, malditos sean, tres veces!

Y mis poetas,
¡oh, benditos sean, mil veces!

POETA OBRERO

Le gritan al poeta:
«Pegado al torno te querríamos ver.
¿Qué son los versos?
¿Para qué sirven?
No te iría tan bien lo de arrimar el hombro.»
Acaso
el trabajo
para nosotros
sea la más querida de las ocupaciones.
Soy, también yo, una fábrica.
Y si no tengo
chimeneas,
acaso
para mí
estar sin chimeneas sea aún más difícil.
Ya sé
que a vosotros no os gustan las frases.
Trabajáis, cortáis robles.
¿Y nosotros?
¿Es que acaso no hacemos marquetería nosotros?
Con madera de hombre trabajamos.
Cierto
que la pesca es trabajo bien honrado.
Echáis las redes.
¡Y pescáis peces!
Pues no es menos honrado trabajar de poeta:
pescamos hombres vivos, y no peces.
Es algo agotador quemarse ante la fragua,
templar el metal sibilante.
Pero ¿quién nos podría acusar de gandules?
Los cerebros pulimos con lima de palabras.
¿Quién es superior?
¿El poeta, o el técnico

que nos da el bienestar material?
Son iguales.
El corazón es un motor.
Y el alma es un motor en extremo complejo.
Somos iguales.
Somos todos obreros, compañeros.
Proletarios de espíritu y de cuerpo.²⁸
Tan sólo juntos
haremos bello el mundo
y en él haremos resonar los himnos.
Construyamos un dique contra las tempestades de palabras.
¡Manos a la obra!
A la obra de un trabajo vivo y nuevo.
Los oradores vagos
¡al molino!
¡Entre los molineros!
¡Que haga girar la rueda el agua de su charla!

28 Al defender la igualdad entre el poeta proletario y la clase obrera. Maikovski se alza contra el espíritu elitista de la *Proletkult*.

NUESTRA MARCHA

¡Golpea las plazas del motín el pisoteo!
¡Arriba, orgullosas columnas desnudas!
Con la venida del segundo diluvio
limpiaremos las ciudades del mundo.

El toro de los días arrastra
el lento carro de los años.
Nuestro dios es la carrera;
el corazón, nuestro tambor.

¿Hay oro más celestial que el nuestro?
¿Se apiada de nosotros el agujijón de las balas?
Nuestras armas son nuestras canciones;
nuestro oro son nuestras voces intensas.

La verde pradera
ha cubierto los días.
Arco iris, da riendas
a los corceles voladores de años.

¡Vean la humillada estrella del cielo!
Sin ella nuestras canciones trenzamos.
¡Eh, Osa Mayor! Exige
que en el cielo nos presan vivos.

¡Beban de alegría! ¡Canten!
Por las venas la primavera se desborda.
¡Corazón, redobla a combate!
Nuestro pecho es un tímbal de cobre.

NOSOTROS AVANZAMOS

¿Quién sois vosotros?

Nosotros

somos los pregoneros de una nueva fe
que le da a la belleza tonalidad de hierro.
Porque las plantas débiles no alteren los jardines
nuestro cemento armado alzamos hacia el sol.

Victoriosos,
por el mundo avanzamos,
entre alaridos de furiosos viejos.

Y a aquellos
que están en contra nuestra
recordamos
este caso, a manera de consejo:

Una vez

un policía

amenazó

al arco iris con el puño:

«¿Cómo osas presentarte más elegante y más bello que yo?»

Pero el arco iris

se encogió de hombros

y bajó

a brillar más aún en el puño del mlite.

¿Es de comunistas

prosternarse

ante quien es más viejo?

¿Respetar la inviolabilidad del puesto asegurado?

Es la revolución

la que hasta en la iglesia de la Pasión

escribió

«quien no trabaja no come.»

La revolución

ha liberado

a todos

los que en mil modos lamentaban
las ruinas existentes,
porque ella sabe
que un arquitecto nuevo llega:
nosotros,
los creadores de la ciudad futura.
Nosotros avanzamos,
invencibles,
audaces.
¡Eh, los de veinte años!
Venid, porque hacéis falta.
Al ritmo del tambor
traed a cubos los colores nuevos.
Pintémonos con ellos.
¡Brilla, Moscú!
Y que
desde un periódico
algún degenerado
nos ataque si quiere
(no por la vida, sino por la bolsa).
Por una orden de Herodes fue la matanza de los inocentes,
pero a la juventud
le importa un bledo:
vive.

150.000.000

150.000.000 es el nombre del autor de este poema.²⁹

Las balas son su ritmo.

La rima es el fuego que salta de edificio en edificio.

150.000.000 hablan por mi boca.

Esta edición ha sido impresa

con la rotativa de los pasos

sobre el peregrino del adoquinado.

¿Quién pedirá a la luna,

quien exigirá al sol

«¿por qué

hacéis los días y las noches?»

¿Quién dará un nombre al genial creador del universo?

Así

también de éste

mi

poema

nadie es autor.

Su sola idea es

resplandecer en la mañana que nace.

En aquel día exacto,

en aquel día y en aquella hora,

en la tierra,

bajo ella,

en el cielo

y más alto aún,

²⁹ Este poema fue publicado sin nombre de autor. El mismo Maiakovski escribió: «Lo publico sin que conste el nombre del autor. Quiero que todo el mundo lo retoque y lo mejore. No lo ha escrito nadie.»

aparecieron estos
pasquines,
folletos,
manifiestos:

«¡A todos!
¡A todos!
¡A todos!
¡A todos aquellos
que ya no pueden más!
¡Salid
juntos
y andad!»

(Firmas)

La venganza, maestro de ceremonias.
El hambre, organizador.
La bayoneta.
La pistola.
La bomba.

(Tres firmas más, de los secretarios)

¡Vamos!
¡Vamos!
¡Vamosvamos!
Oh, oh,
oh, oh, oh, oh,
oh, oh,
¡Se caen!
¡Vanka!³⁰

30 Iván (diminutivo de Vanka) es quizás el más popular de los nombres rusos, hasta el punto de que en algunas zonas soviéticas decir “es un Iván” significa decir “es

¡Esconde en la bota los rublos!
¿Acaso un vagabundo descalzado puede dejar de hablar en la asamblea?
¡Y está muerta la pequeña Rusia!
¡La han destrozado, a la infeliz!
Encontraremos a la nueva Rusia.
¡La Rusia omnimundial!
¡Va-a-a-mos!
Él se ha quedado tieso
mirando el té
con pastas.

Iré a él
con cólera.
Iré hacia el
con tifus.
Iré hacia él
y le diré:
«Wilson Woodrow,³¹
¿es de veras que quieres un cubo de mi sangre?
Pues ya verás.»
Y llegaremos hasta
Lloyd George
Y le diremos:
«Oye,
Jorge...»
¡Llegaremos hasta él!
En medio del mar.
Aterrorizado,
¿cómo podrá llegar
el rocín ruso?

un ruso”. Esta personificación es utilizada por Maiakovski en el poema.

31 *Woodrow, Wilson* (1856-1924): presidente (1913-1921) de los EUA. No hemos de olvidar que los EUA participaron activamente en la guerra civil que siguió a la Revolución de Octubre, al lado de las fuerzas que pretendían (Gran Bretaña, Polonia, Finlandia, Japón, Francia, Turquía, Checoslovaquia y EUA) aplastar a la República Soviética. Entre otras acciones, hubo un desembarco en Siberia que intenta establecer contacto con Kolchak y con la división checoslovaca.

¡No importa!
¡Iremos de romeros!
¡Vámonos vamos!
Se ha despertado al grito
del bosque,
soñolienta,
se alza toda la fuerza de bestias y de bichos.
Ha chillado el cerdito que el elefante aplasta.
Y los cachorros ya se han puesto en fila.
Y es insoportable un grito humano.
El grito de las fieras
ha enrollado el alma
como una cuerda.
(Os traduciré el rugido feroz,
si no sabéis la lengua de las fieras).
«¡Escucha,
Wilson,
que flotas en tu grasa!
La culpa es de los hombres,
a ellos es a quien has de castigar.
No firmamos
nosotros el tratado de Versalles.
Nosotros,
las bestias,
¿por qué pasamos hambre?
¡Que pase a ellos nuestro animal dolor!
¡Comer bien, hasta hartarnos, al menos una vez!
¡Desde la India, grávida de hierbas gigantescas,
vamos a la pradera americana!»
¡O-o-o-oh!
Estamos muy estrechos en la bloqueojaula.³²
¡Adelante, automóviles!
¡Motos, a la asamblea!

32 Inmediatamente después de la Revolución, los países capitalistas establecieron un bloqueo económico contra la URSS, en el momento en que la República Soviética atravesaba su peor crisis.

se movieron,
y contra
las otras apretaron, las ciudades moviendo.
Empujando hacia atrás la obscuridad retrógrada,
entrechocándose entre sí las luces,
iban a la asamblea las legiones de fuego,
blandiendo al avanzar millares de faroles.
Mas por encima,
reconciliando fuego y agua,
rodaban los mares, podridos de ahogados.
«¡Paso a las ondas caprichosas del Caspio!
¡No volveremos a tendernos en el álveo que envuelve a la Rusia!
¡Y jamás en la anémica Bakú,
sino que, en la exultante Niza,
con el Mediterráneo dancemos en las playas!»
Y, en fin,
bajo el trueno
de galope y carrera,
alzando en un suspiro sus enormes pulmones,
en nubes agitadas veloces se lanzaron,
en tempestad, los vientos de la Rusia.
¡Va-a-a-mos!
¡Vamosvamos!
Y todos estos ciento cincuenta millones de hombres,
billones de peces,
trillones de insectos,
de fieras,
de animales domésticos.
centenas de provincias,
con todo lo que en ellas construido,
surge
y vive,
todo lo que se mueve
y lo que no se mueve,
todo lo que apenas se movía,
arrastrándose,
serpenteando, nadando:

todo es como una lava,
¡como una lava!

Y se oía un bramido
en donde un tiempo estuvo Rusia.
¡Mas todo esto no sirve
para traficar con sacarina!

¡Pero el corazón canta como si suenan las campanas!

¡Hoy,
en el paraíso,
lanzaremos a Rusia
más arriba y más lejos que los rojos crepúsculos!
Oh, oh,
oh oh, oh, oh,
oh, oh,

¡Vamosvamos!
¡A través de la guardia blanca de los heleros!

*¿Por qué salen las tierras de los límites
fijados hace siglos por los gobernadores?
¿Por qué las orejas del cielo se abren de par en par
para escuchar?
¿Quién examina el horizonte en torno?*

Los ojos
de todo el mundo están
clavados en nosotros,
y se tiende el oído de todos
para captar la mínima señal,
para ver esto,
para escuchar estas palabras:
es
la voluntad de la revolución
lanzada hasta el confín de los confines;

es
la asamblea,
que ha mezclado,
en la mole de las máquinas,
los cuerpos de los hombres y de los animales;
son
manos,
zarpas,
pezuñas
y palancas,
aquí,
en el aire viciado,
unánimes prestando juramento.
A los poetas,
que buscan tonos celestiales,
los tenéis que olvidar:
escuchad este canto.
«Hemos venido a través de las ciudades,
entre la tundra nos abrimos paso,
pasamos por el agua y los fangales.
Venimos a millones,
millones de trabajadores,
millones de obreros y empleados.
Venimos de las casas,
nos escapamos de los almacenes,
de ocultos pasadizos que brillan al fulgor
de los incendios.
Venimos a millones,
millones de cosas,
deformadas,
vencidas,
destrozadas.
Hemos bajado de los montes,
nos hemos arrastrado desde el bosque,
desde el campo esquilado por los siglos.

Hemos venido,
a millones,
a millones de bestias,
embrutecidos,
obtusos,
siempre
hambrientos.

Hemos venido
a millones
de ateos,
de paganos,
de sindiós,
golpeando
la frente
contra el hierro oxidado,
el campo:
todos

con fervor
rezaremos al Señor.
No descendas
de un mullido
lecho de estrellas,
tú, dios del hierro,
tú, dios del fuego,
dios no de Marte
ni de Neptuno o Vega,
sino de carne,
dios hombre sólo.

No allá en lo alto,
colocado entre estrellas.
Terrestre.

Entre nosotros
desciende,
ven.

Tú no eres ése
«que estás en los cielos.»

Hoy
nosotros mismos,
a la vista de todos,
haremos
 milagros.
para luchar
en tu nombre,
sobre el trueno,
 sobre el humo
nos alzamos altivos.
Nuestra empresa será
 tres veces más difícil
que la del creador,
 que la nada ha llenado de cosas.
Nosotros, no sólo
debemos, creando lo nuevo,
imaginar,
 sino que lo que es viejo
 hemos de destruir con dinamita.
¡Sed, quítanos la sed!
¡Hambre, aliméntanos!
Es hora
 de lanzar
el cuerpo a la batalla.
¡Balas, id muchas más
contra el cobarde!
¡Sobre el montón de los que huyen
dispara tú, pistola!
¡Así ha de ser!
¡Desde el fondo del alma!
¡Con el fuego,
 las llamas
 y el hierro,
 con la luz,
quema,
 abrasa,
 destruye,
 taja!

Nuestras piernas
son la velocidad de los trenes.
Nuestros brazos,
soplillos que despejan los campos.
Nuestras aletas, barcos.
Nuestras alas, aviones.
¡Andar!
¡Volar!
¡Rodar!
¡Navegar!
Haciendo el inventario de todo el universo.
Si una cosa es necesaria:
muy bien,
se puede usar.
Si es inútil:
¡al diablo!
y, sin más, se la tacha.
Acabaremos
contigo,
falso mundo romántico.
En el alma,
en lugar de fe,
vapor,
electricidad.
¡Nunca más seáis mendigos!
¡Quedaos con la riqueza del universo todo!
¡Muerte a lo viejo!
¡Y hagamos ceniceros de los cráneos!
En la salvaje empresa,
arrojado lo viejo,
un nuevo mito
resonará en el mundo.
El tiempo es un obstáculo
que pisotaremos.
Al cielo lanzaremos
millares de arcos iris.
Y en un mundo nuevo se abrirán
las rosas y los sueños que el poeta ensució.

¡Todo
por la alegría
de nuestros ojos
de niños que han crecido!

Una a una
inventaremos
nuevas rosas:
las rosas de ciudades con pétalos de plazas.
Vosotros,
los que lleváis
la marca de fuego del tormento,
venid a donde el verdugo de hoy espera.
Y sabréis
que los hombres
son a veces fraternos,
como el amor
que sube a las estrellas en un rayo.
Y nuestra alma
será
la boca amorosa del Volga.

Sobre ti
—quienquiera que seas—
caerá la caricia de unos ojos.

A través
de la más leve arteria
haremos pasear
los mágicos navíos de la creación poética.
Y el mundo será como
nosotros lo decimos,
los miércoles,
y ayer,
y hoy,
y siempre,

Y mañana,
y después,
los siglos de los siglos.

Tras un verano
de cien años
de lucha,
canta:
«Agrupémonos todos
en la lucha final.»³⁴
¡Una salva de voces haga tronar un himno!
¡Por cien multipliquemos
un millón y aún más!
¡Por calles,
por tejados,
sobre el sol,
por los mundos,
sonoros atletas de la palabra!

Rusia
ahora
no es un triste mendigo,
no es un montón de ruinas,
ni cenizas de casas.

Rusia
toda
es un único Iván
cuyo brazo
es el Neva
y sus pies las etapas del Caspio.

¡Vamos!
¡Vamosvamos!
¡No vamos, volamos!
¡No volamos, que relampagueamos,
lavando el alma con el céfiro!
Más allá
de bares y de baños.
¡Bate, tambor!
¡Tambor, bate!
Ser o no ser.

34 Verso de *La Internacional*.

O caja
o faja.
¡Batiremos,
batamos,
batimos!

¡El tambor,
el tambor,
el tambor!

La revolución
quitará al rey el título real.
La revolución
arrojará a los hornos el hambre de la gente.

Y a ti
¿qué nombre te daré,
oh Rusia, sumergida en medio de la tromba del tifón?
El Supremo Soviet
es una parte de su cerebro.
y un decreto por fuerza ha de ir con ella.
Su corazón era tan grande
que Lenin pudo apenas sacudirlo.
Al soldado rojo puedes hacerle replegarse,
al comunista, meterlo en la cárcel,
pero a alguien así
¿con qué barrera lo detienes
cuando
avanza?

Hirió el trueno el oído de los litorales
y las salpicaduras llegaron al extremo del mundo
cuando Iván,
a grandes pasos,
se lanzó,
como una tempestad, a sorprender al universo.
Meteremos el pie en el estribo de la fantasía,
cabalgaremos el polvo de los tiempos,
y nosotros mismos
tras de esta espléndida visión
iremos a irradiarnos en los amplios espacios.

En Chicago,
cada habitante
posee, por lo menos, grado de general.³⁵
Mas su servicio
es estarse en el bar
y divertirse despreocupadamente.
En cuanto a comida,
en los bares de Chicago
¿qué es lo que no hallarás?
¡Es curiosa la vida del hombre de Chicago!
¡Es curiosa la vida del hombre!
¡Y magnífica!

En Chicago,
el ruido es tan atroz
que un gran camión
de motor poderoso
parecía
un ruidito de nada
y molestaba en su silencio de ratón.

A aquella ciudad
el barco
no lleva rusos;
los pisos de sus casas no son para nosotros.
Yo estaba allí solo,
comía y bebía por los bares,
y en ellos con los yanquis me tomaba ginebras.
A lo mejor, también a vosotros os lo permitirán,
aunque no lo hayan hecho.
Llenaos, pues, también de maravillas:
bien calzados de versos,
en versos incansables,

35 Trotski criticó a Maiakovski a propósito de este verso, diciendo que cualquiera, con sólo haber leído a Upton Sinclair, sabe que, en Chicago, además de generales hay también, por ejemplo, trabajadores en los mataderos. Esto y otras críticas que le hizo (publicadas en el prólogo de *Poemas 1913-1926*, col. Visor, Madrid, 1972, trad. José Fernández Sánchez) demuestran sencillamente que Trotski jamás entendió a Maiakovski.

vosotros mismos recorred América.

Un aeropuerto

en lo alto de un rascacielos.

¡Adelante,

moviendo la cintura dentro de un dirigible!

Parecerán los puentes las costillas de un pájaro.

Chicago, abajo,

a la tierra se aprieta.

Y después,

desde el cielo,

visibles apenas,

si nos falla el pie

como una piedra caeremos al abismo.

En un túnel

en el metro

quilómetros excavaremos bajo tierra

y a la plaza saldremos.

Repleta de gente.

De casi tres quilómetros.

Aquí es donde comienza lo que necesitamos:

«La Calle Real!»

para ellos

«Royal Street.»

¿Qué calle es ésta?

¿Qué es lo que hay?

Está

el Cheaple-Strong-Hotel.

¿Es un hotel

o un sueño?

Y en este hotel

acogedor,

entre refinamientos

habita el propio

Woodrow

Wilson.

No os voy a contar cómo es la casa.
Y si os lo cuento
os ruego humildemente que no me vayáis a creer.
No puede uno alejarse lo bastante
para poder tener la visión de conjunto.
Lo
que se puede ver
es un ángulo sólo.
Pero con sólo esto
¡menuda maravilla!
Es lo mismo que ver
una reja forjada
con el sol condensado.
Y, si le das la vuelta,
una montaña es nada.
Centenas de quilómetros
o, a lo mejor, millares.
Las banderas se elevan hasta el séptimo cielo.
¿No fue pintada una de estas banderas
por Dios mismo?
¡Hasta hay una escalera!
¡Mas no puedes subir!
Entre las columnitas,
balconcillos
y pórticos
hay tantos escalones
que los pies no los pueden contar.
¡Tanta escalera
que todo te da vueltas!
Si quieres subir a pie,
comienza joven,
porque llegarás viejo.
Para los ascensores,
en la escalera hay restaurantes:
que nadie muera inútilmente de hambre.
Después, cuando se llega,
si se alegran de vernos,
hacen entrar por cinco entradas principales.

Los huéspedes primero pasan trescientas salas.
Y, finalmente, llegan.

¡Qué va!

Aquí las salas recomienzan.
Nos recibe un lacayo.

Blande una maza.

Pasas así cinco lacayos.
Y de nuevo la maza.

Y de nuevo un lacayo.

Recorrida la sala,

aún hay un lacayo.

Tras los lacayos,

aún en mayor número,

los botones.

El uno pasa al otro de la carrera.
Innúmeros.

Una tal cantidad

que deja sin aliento al mismo Jlestakov.³⁶

Y sólo cuando,

agotado

por el tremendo ir y venir.

te parece que ya no sea posible

salir nunca,

te parece que ya no haya

razón alguna

para que esto termine,

ves el salón.

Aquí es fácil la entrada:

un secretario de dos metros de alto

está a la puerta, mudo.

Entreabrimos la puerta.

En los peldaños (dos)

nos empinamos,

y echamos una mirada,

estupefactos.

36 *Inván Jlestakov*, personaje de la obra *El inspector*, de Gogol, y que presume de servirse de “cuarenta mil botones.”

¡Y cómo trabaja!
Jamás está quieto.
Puede trabajar hasta la muerte.
Gira un pulgar
en torno al otro,
a veces más deprisa,
a veces más despacio.
Lo dirige hacia un lado:
despiden
en cualquier fábrica
y a mí
no me quieren pagar tanto por línea.
Lo vuelve al otro lado:
tocan vales de Strauss,
que inundan los palacios como una lluvia de oro.
Para atiborrarlo,
¡Lo que han despilfarrado!
Repleto de alimentos,
bien bebido.
En caso de muerte,
para que el cadáver no se desperdicie,
están los de la grasa,
los de las fábricas de mantequilla.
Todos los americanos
le son devotos
y dicen
orgullosamente:
«Yo
soy un súbdito americano.
Yo
soy un libre
ciudadano americano.»
Inclinadas bajo él
se encuentran sus legiones de siervos.
La sala está repleta
de todo tipo de Lincolns,
de Withmans,
de Edisons.

Su séquito
es de bellas mujeres,
de aristocracia elegantísima.

Esperan su más mínimo gesto.

Adelina Patti.³⁹

¿La conocéis?

¡También ella está aquí!

Está Whitman, con un estrecho smoking,
moviendo el balancín con un ritmo inaudito.
Poseedor del más alto título americano
de «suavizador emérito de arrugas de señora»
está, ya maquillado y con sombrero,
el siempre dispuesto para cantar Chaliapin.⁴⁰
Ensucian con arena el parquet
algunos profesores que de vejez chochean.
Está incluso el famosísimo Méchnikov,⁴¹
que está de pie apagando candelabros.

Ciertamente,
no los ha traído
aquí
a todos estos genios
el diluvio de las teorías,
ni a los pintores
cualquier
magnífica
école des beaux arts.

39 *Patti, Adelina* (1843-1919): soprano, famosa en Europa y América, principalmente en las obras *La Traviatta*, *Il trovatore* y *Ernani*.

40 *Chaliapin, Fiódor* (1873-1938): bajo ruso de origen campesino (de Kazán), muy conocido en toda Europa por su interpretación de la ópera de Musorgski *Borís Godunov*. Ha sido divulgador en la Europa Occidental de la canción *Los remeros del Volga*.

41 *Méchnikov, Iliá* (1854-1916): biólogo ruso que sucedió a Pasteur en el Instituto Pasteur de París. Fue uno de los pioneros en el campo de embriología celular de los invertebrados. Fue el descubridor de los glóbulos blancos.

*Abora basta ya de capítulos
de broma.*

*América,
la tenéis en la mente
ya bien clara.*

*Pasemos ahora
a los acontecimientos importantes.*

*A la increíble
gigantesca esencia.*

Aquel
día
era
a prueba de fuego.
Bajo el peso del bochorno las tierras se callaban.
Los desdentados rastrillos del aire
en vano se esforzaban para cardar la atmósfera.
En Chicago, el calor
era desmesurado:
100 grados,⁴⁴
80 con seguridad.
Todo el mundo en la playa.
Aquel que era capaz, se iba de paseo.
Pero la mayor parte se quedaban tumbados.
El sudor
perfumaba
sus cuerpos bien cuidados.
Andaban resoplando.
Yacían resoplando.
Las señoritas llevaban perritos atados con una correa

44 Se trata, obviamente, de grados Fahrenheit y no de centígrados. Maiakovski no hace esta aclaración en el original, sin duda con la intención de exagerar las cosas americanas, como en otros fragmentos del poema. 100 grados F equivalen a 37,8°C, y 80 F corresponden a una temperatura agradable: 26,6°C.

y
el perrito
era tan gordo
que parecía un ternero.
A una señora
que en el idilio se quedó traspuesta,
en la nariz,
del calor sofocada se le posó una mariposa.
Algunos animadamente conversaban,
y decían «ah»,
y decían «uh».

Volaba pelusilla de los árboles.
De los árboles de mimosa.
Se volvía rosa
sobre las blancas muselinas y sedas.
Blanca, sobre las telas rosa

Así
tranquilamente
todos se entretuvieron
en agradables pasatiempos.
Pero ya
una hora antes
algo
había comenzado
a cambiar.
Apenas perceptible,
acaso tan sólo con la punta del alma,
una especie de soplo.
Un leve chapoteo
sobre el plácido mar.
¿Qué es esto?
¿A qué es debido?
Pero por la mañana,
como un relámpago,
la ATA
(la Agencia Telegráfica Americana)
alborotó por radio la ciudad:

«Terrible tempestad en el Océano Pacífico.

Se han vuelto locos alisios y monzones.

En el litoral de Chicago se han encontrado peces.

Muy extraños.

Con pelo.

Y narices.»

Medio dormidos, salen.

No consiguen aún comprender el fenómeno,
pero la radio

lanzaba ya

precipitadas explicaciones:

«Es falso lo que se ha dicho de los peces.

El pescador aquél estaba borracho.

Los alisios y los monzones están donde han de estar.

Pero la tempestad sí que existe.

Y de las más tremendas.

No se saben sus causas.»

Las grandes compañías de navegación

prohibieron a sus barcos que zarparan

y a ellas

se unieron las pequeñas.

Caía el dólar.

Las maletas andaban en danza.

Pánico en la Bolsa.

Por la calle

un desconocido

paraba a otro

por si acaso sabía alguna cosa.

¡Informativo especial!

¡Radio!

¡Informativo especial!

«El radiograma fue interpretado mal.

No es el trueno de las tempestades.

Es otra cosa.

Es el bramido de escuadras enemigas.»

La radio fue interceptada.

Y, desmintiendo esto,

inmediatamente,
hubo una nueva,
última,
impresionante,
sensacional noticia.

«No es humo de cañones,
sino el azul del mar.

No se trata de acorazados
ni de flotas
ni de escuadras.
Nada de eso.
Es Iván.»

¿Qué Iván?
¿Cuál Iván?
¿Dónde, Iván?
¿Por qué Iván?
¿Qué quiere Iván?
Nunca se había dado situación más compleja.
Ninguna explicación
sensata,
creíble.

Se reunió enseguida el Consejo de Estado.
La sociedad, llena de aprensión, estuvo toda la noche en el palacio.
El ministro de Wilson
Arthur Krupp,⁴⁵
habló tanto
que cayó como muerto.
Leal mastín del capitalismo,
el mismísimo Creso⁴⁶ quedó exhausto.

45 *Arthur Krupp*: parece que este personaje de la familia alemana Krupp no exista. Sin duda, Maiakovski utilizó este nombre únicamente para denunciar la participación activa de la gran industria (y del gran capital) en el gobierno de los EUA.

46 *Creso*: último rey de Lidia, que reinó durante el período 560-546 a C. Su enorme riqueza se ha hecho proverbial y era atribuida a las arenas auríferas del Pactolus, aun cuando, realmente, estaba fundamentada en el comercio. Su nombre ha quedado como sinónimo de “hombre extraordinariamente rico.”

Wilson
demostró
una extraordinaria tenacidad.
y por la mañana

decidió
«Voy yo al duelo.»

El horror avanza.

Dos mil kilómetros.
Y mil kilómetros.
Y cien.

Y...

Los rasgos de aquel que se acercaba
fueron acariciados,
recorridos,
vistos por los faros de los ojos.

¡Versos

de este capítulo,

resonad,

creando el tiempo con el ritmo!

¡En el canto,

ob mito de los héroes de Homero,

saga de Troya,

agigantada a lo irreconocible,

revive!

Hambriento,

con el calor de su único grado

de vida,

dada como una gracia,

gozo,

siguiendo tu marcha legendaria.

¿Dónde vas ahora?

¿A dónde vas?

¿Qué mareas atraviesas?

Detengamos con el frío verso

el rayo de los telegramas que se escurren.

Cubre los Dardanelos la carrera de Iván.

Los turcos,
de par en par las bocas,
miran:
un hombre
—como el Kasbek⁴⁷ de alta la cabeza—
avanza y sobrepasa los fuertes Dardanelos.
Los viejos ahuecaron el ala.
Los jóvenes acuden a los muelles.

Miradlos.
Cantos de juventud y de revuelta.
Y apenas
el mar se arrastró sobre la playa
y apenas la ola alcanzó el muelle,
se arrojaron,
como ante una señal largamente esperada,
hombre: contra hombre,
clase contra clase.
Metieron en la cárcel a algunos.
Expulsaron a otros.

Al mar:
y todos desaparecieron.
A algunos se los traga la vasija del mar,
con otros
banquetea el sangriento tiburón,
pero muchos
entraron,
irrumpieron dentro de Iván
y en él se acostaron,
como unos marineros en su cámara.

(En Chicago, entre tanto,
nada a sus habitantes
horas de angustia presagiaba.
Contoneándose,
sacando las caderas,

47

Kasbek: montaña del Cáucaso.

se divertían,
bailando a todo pasto.)

Se aterrorizan los romanos.

Tempestad sobre el Tíber.

Pero el Tíber,

enfurecido,

rapó la cabeza del papa de Roma

y se marchó hacia Iván a través de la luz de la mañana.

(En Chicago, entre tanto,

el bigote metido en los licores,

asiendo redondeces de carne femenina

—¡Ih-la-lá!

¡Oh-la-lá!—,

enervados de besos,

impúdicos,

desnudos.)

Negra noche.

Sin faroles de estrellas.

A Wilson,

resbalando sobre sus masas de agua

cantado por los poetas,

agazapado se aproxima el Rin,

un cabrilleo leve en su cinta azulada.

(Pero Chicago

duerme,

exhausta de danzas,

ebria,

los cuerpos lánguidos hundidos entre almohadas.

El azul duerme.

Respira a duras penas.

El mar ronca sonoro.

El día se alza

—¿acaso a castigarlos?)

Avanza Iván,

radiante.

Iván avanza,
salpicado de espuma.
Es la vida que corre.
Corre, por las orillas.
El mundo, hecho un volcán, lanza amenazas.
Este volcán no está en el mapa compilado por los antiguos geógrafos.
Todo el universo,
no el mísero Etna,
es el cráter que escupe la lava de los pueblos.
Rugiendo huye
por los países borrados
lo vivo, y lo que ha muerto
por la lluvia de lavas.
Los unos corren hacia Iván
con los brazos
tendidos;
los otros hacia Wilson a abrazarlo.
De entre las densas horas del cotidiano barro
un hecho emerge:
de golpe
todas las cosas medias se acabaron.
En todo el mundo no quedó ni una.
Ni medias tintas
ni matices.
Nada
sino el color que vuelve todo blanco
y el rojo,
que ensangrenta del tono de la sangre.
Lo purpúreo era cada vez más purpúreo.
Y cada vez más blanco el blanco.
Iván,
a través de los reinos,
pisando sangre,
celebra jubileos de fuego sobre el mundo.
Resulta que era inútil construir fortalezas.
¡Taponeaos, cañones charlatanes!
¡Basta!
Sobre el inexpugnable Gibraltar ha pasado.

Y el mundo,
para Iván, se le extiende en océano.

(Pero en Chicago,
en la playa,
un atajo de putas
se inquiera por la furia del mar.
El viento incita a una voz tras otras
y afloja el freno de las fantasías).

¿Quién será el almirante que en la extendida lava
conozca así las rutas del océano?

Avanza,
cargado con humana dinamita.

Avanza,
rebosante de ira universal.

Sobre sus cuatro lados se ha extendido
el halda del Pacífico.

Iván,
sin un mapa,
sin brújula,
avanzaba
e infalible veía el objetivo,
como si
no mirase la mar,
sino un plato.

(Pero, en Chicago,
se arrastró hasta Wilson
la ola

procedente del paso de Iván.

Ha convocado

púgiles,
tiradores,
esgrimistas

para templar sus fuerzas con vistas al combate).

Y los exploradores,
los Cristóbal Colón,
resplandecieron
cuando
a la nariz
de Iván.
como desde un bancal de mil perfumes
llegó el olor de la cercana tierra.

(Pero en Chicago
el trabajo
agobia a los púgiles.
Han echado a Wilson en el suelo
y
¡a refregarlos!
Lo masajean,
lo frotan,
con tónicos ungüentos lo friccionan.)

Con su solo ojo, el faro le taladró los ojos,
y hete aquí
que en los cerebros,
en los ojos,
en la boca,
prorrumpiendo por todas las grietas del océano,
América cada vez se hunde más.
Veloz un astillero sobre otro se encarama.
Un viaducto vuela y choca contra otro.
Hay tanto humo
que, de creer en el diablo,
caminas convencido
de estar en el infierno.

(¿Dónde está la flaqueza de Wilson?
¡Se la han hecho marchar!
Ha rejuvenecido cuarenta años.
Los músculos, hinchados como vientres.

Lo han palpado
 ¡Muy bien!
 Está dispuesto).

Llega:
 salpicando en las olas
más alto que el tejado de las casas-gigante,
Iván está en la orilla,
 en América,
 seco,
 sin haberse siquiera ni mojado los pies.

(Han remachado el último clavo
de la armadura mecánica de Wilson,
le han colocado un yelmo blindado en la cabeza,
y él se apresura al encuentro de Iván).

Los de Chicago
 no gustan de apiñarse
 en las calles estrechas.

Y aun sin ello,
 en Chicago
 son mejores las plazas.

Además, una plaza
 desmesurada,
 para ellos,

fue preparada para esta ocasión.

La gente,
 encordado el espacio de la lucha
(que era algo gigantesco),
 se apretó en su redor.

En un lado,
 con armiño
 y castor;

en el otro,
 azul de batas y de monos sucios.

Entre ellos
se habían mezclado
también los caballos.

Entre los armiños,
el pura sangre árabe;
entre los monos,
los pesados caballos de tiro.
Alzan un relincho:
al jinete amenazan.

Y llegaban los autos, deslizándose suaves.
Se agrupaban por clase
los que iban
y venían.

Hacia el armiño
marchaba la elegante limousine;
junto a los monos
se paraba
el potente camión.

Ni para el canto
ni para los colores será larga la espera.

La lucha –juez severo– decidirá por todos.

Para el armiño
los versos de los decadentes de toda la tierra.

Para los monos
los versos de hierro de los futuristas.

Nadie,
nadie podrá huir del castigo.

Ni siquiera
la estrella
podrá escapar.

Quedaos entre el armiño,
generales constelación;

entre los monos,
miles, millones de la Vía Láctea.

Libres de sus cadenas los torrentes,
hasta el globo terráqueo

se dividió en dos hemisferios
e, inmóvil,
quedó colgado como una balanza
del sol.

Por todos los cañones presentes
en la
plaza fue inaugurado
el «Campeonato
de la lucha de clases mundial».
De anchura,
la puerta de Wilson
tenía un quilómetro,
y, no obstante,
él estaba de lado
y entraba a duras penas.
Debajo de sus botas
se curvaba el cemento.
Todo resonaba
de hierro, de cadenas.
La mirada clavó sobre Iván que avanzaba,
para observar al enemigo;
pero qué
le quieres observar:
es normal, bien formado.
La ropa transparente el color de su cuerpo.
Wilson
tenía revólveres
de cuatro gatillos
y un sable curvo
de setenta hojas;
Iván,
las manos
y sólo las manos
—y, encima, las tiene
puestas en la cintura.
Wilson lo midió
con la vista. Una mueca.

Y alzó con los hombros el recamado de las charreteras.

«¿Será posible

que yo

me tenga que batir con ese tipo?

¿O que yo

no lo pueda

vencer?»

Y le parecía

que un túmulo se alzaba allí

entre el aullido de la tempestad.

Caerá en el ataúd

y, en adelante,

nadie

jamás

volverá a oír hablar

de nuestro Iván.

Silbó el sable.

Desde el hombro,

hacia abajo,

el tajo mide bien cuatro quilómetros.

Wilson se ha detenido:

espera ver la sangre,

pero de la herida,

de improviso,

un hombre sale.

¡Está ante él, como si nada!

Hombres,

casas,

caballos,

acorazados,

saliendo de la brecha.

Cantando.

Con música.

¡Oh desventura!

De la nórdica Troya han mandado

el hombre-caballo,⁴⁸ de rebelión lleno.

48

Hombre-caballo: Maiakovski hace aquí una analogía entre el caballo de Troya,

No paran de dar vueltas todos los de Chicago,
anunciando
el régimen soviético entre sus filas aterradas.

Compañeros periodistas,
no indaguéis con cuidado
dónde fue la batalla
ni cuándo.

En este capítulo
en cinco minutos se concentran
los años de las luchas que hubo y que no hubo.

No hay versos conmovidos para Lenin.

En la batalla
glorifico a millones,
veo a millones,
canto a millones.

¡Oíd, historiadores y poetas,
a quien ha visto las batallas que realmente no se dieron!
«Levantaos, los parias de la tierra»:
se disparó la alegre nueva.

Y en respuesta

millones
de voces:

«¡A la orden!»

«¡Estamos dispuestos!»

«Dios guarde a Wilson.

¡Ánimo, soberano!»

Ellos

elevaron su voz oxidada.

La mitad de la tierra cantó una canción roja.

La mitad de la tierra cantó una canción blanca.

en el que se ocultaron griegos para conquistar la ciudad, y la nueva situación revolucionaria, en la que la ciudad será tomada por sus mismos habitantes revolucionarios, que, con todo y sufrir la represión, siempre se multiplicarán.

Y después
de la roja canción,
y después de la blanca canción
los arietes retumbaron contra el cerrado futuro
y los rayos rasgaron las paredes
destrozándolas.
Crecieron los brazos
que muestran fácilmente
las secretas medidas del alma y de la tierra.
Tundidos por la escoba de la revolución,
los tenderos
dejaron su comercio
y salieron por piernas, hormiguero escaldado,
de bancos,
de oficinas
y de tiendas.
Sobre el espesor de los diques y de los sofocantes litorales,
hacia las ciudades
desde el océano
el agua se movía.
Los postes telegráficos, ora aquí,
ora allá,
ahorcaban catedrales en sus hilos.
Abandonados los cimientos viejos,
enormes rascacielos se marchaban
y, lo mismo que un tigre
con los trozos
de carne,
con sus fauces de puerta mordían las casas.
Sueltos del pavimento
—¿dónde está, amo, tu inmensa frente?—,
los adoquines se lanzaban contra
el cristal esplendente de los escaparates de joyero.
Sin miedo a embarrancar,
sin temor de chocar con su mole contra los campanarios,
sencillamente,
igual que usted o yo,
iban por tierra firme las ballenas.

ahogándose
con sus mismas corbatas:
los pisotearon
igual que a escarabajos,
saltaron, y se fueron,
desvaneciéndose en Chicago.
Por las calles,
a dos metros
no se distinguía una casa debido a la humareda de las luchas.
Como pasa en el cine
—de pronto
en primer plano—,
a la especulación, que serpentea
entre el caos,
le da el golpe de gracia,
alzado sobre sus patas traseras,
el Soviet del Pueblo para la Economía.
Mas Wilson no se rinde.
Atrincherado en su palacio,
acciona los resortes de oro,
y la cadena se alinea
en hordas inhumanas.
Más horrorosa que los tanques,
más que los regimientos,
se levantó, con su vacío estómago,
con su millar de bocas,
el hambre, y se lanzó
con su millón de dientes.
Y mordió a la ciudad, la abrió como una nuez.
Y en el campo arañó, y se oyó crujir huesos.
Y a la boca
se lleva a puñados los hombres,
los hombres y las bestias.
Ante ella,
con el oído alerta,
allanando el camino, va avanzando la crisis.
Respira el taller.
La crisis escucha.

Escucha la crisis, la fábrica respira.
Cae sobre la fábrica de pronto,
cae la fábrica en ruinas.
Sobre el taller aprieta,
todo cae en pedazos.
Blande como una clava un trozo de raíl.
Todo es aniquilado,
perece,
se hunde.
¡Prepárate!
¡Al ataque!
¡Trabaja!
¡Suda!
¡La garganta del hambre,
el cuello de la crisis
apretaremos
con el lazo de los ferrocarriles!
Y cuando ya al país, ahogado por el hambre,
le faltaba el aliento,
entonces,
balanceando el ariete de los trenes,
se pusieron en marcha los transportes.
Al viento la barba canosa de las locomotoras,
luchan:
el hambre cede,
y sobre ella,
los restos devorándole,
los trenes pasan, cargados con el grano.
Se retorció
Woodrow
y, lleno de ira,
ordenando
«Golpead deprisa»,
un enjambre movió de nuevos combatientes:
el contagio mortal.
Encadenados van en corazas de fango,

espiroqueta tras espiroqueta,
microbio tras microbio.
Con el veneno de las bacterias,
con las zarpas de los piojos,
contaminan la sangre,
entran dentro del cuerpo.
Aparecen enfermedades
de especie desconocida:
de pronto,
un hombre
se caía de sueño,
se llenaba de manchas,
como un hongo
se hinchaba y reventaba.
Se pusieron en marcha,
dirigidos por una
farmacia de ojos de arco iris,
llevando a donde había enfermos cargas de ácido fénico,
lazaretos,
clínicas,
hospitales.
Retrocedieron los piojos,
en masas repugnantes.
Los fusilaron
a quemarropa
con microscopios.
Y sigue martillando el servicio de la cadena de desinfección.
Los enemigos yacen
patas arriba.
Y por encima,
ondeando una receta por bandera,
el Comisariado del Pueblo por la Salud Mundial
pasó triunfante.
Wilson lanzó un gemido,
vencido en las enfermedades y en el hambre,
y manda el ejército postrero:
el venenoso batallón de las ideas.

En el lugar de la sangrienta lucha
el pilar de la fe se estremecía:

Pedro
se ha roto la cabeza al caer su catedral.
Entonces

los poetas volaron por el cielo,
para, como aviones, disparar desde arriba.
Los atrajeron

con cebo de prebendas académicas,
esperando
que así descenderían.

¡Y los poetas se precipitaron, cayendo como piedras,
encima de sus obras,
alisando las plumas de sus rimas!

En las *Obras completas*,
como en una guarida,
se emboscaron los clásicos.

Pero no hubo piedad.
En vano,
como una clueca,

Gorki⁵⁰
los protegía,
desenvainando una marchita autoridad.
Los andamiajes de los pies devorando quilómetros,
los brazos de las grúas desalojando calles,
los futuristas

dispersaron todo el pasado,
echado por los aires todos los faraloes de la cultura.

Una pared tras otra,
rodando por el polvo,
se batían con el Almirantazgo
las porquerías
del Louvre,

50 *Gorki, Máximo* (1868-1936): este escritor tuvo un gran papel en el estímulo y protección de los jóvenes escritores soviéticos durante los primeros tiempos de la Revolución.

hasta que
de la bayonetobelisco
del Almirantazgo
quedaron colgando
las víscerascuadro del Louvre.

La última refriega.

El propio Wilson.

Los wilsonianos, horrorizados, lo ven
hecho cenizas,

a él, que ha querido al sol mismo aplastar con su trasero.

¿Quién recordará el nombre de los desconocidos generales en jefe
que habían apilado victoria tras victoria?

Después de haber tronado en la internacional Tsusima⁵¹

la armada vejestorio se fue a pique.

Pisoteando con las fábricas

los muertos del pasado,

aulló el futuro con un trillón de trompas:

«El que os llaméis Abel

o Caín

importa poco.

¡El futuro ha llegado!

¡El triunfador futuro!

¡Venid, los siglos,

para humillaros a mis pies!»

El rabioso horizonte le cedió el paso al sol.

Y después

de haber puesto las bases del mundo,

aquel genio, Caín⁵² pulsó el rayo,

igual que el pianista pulsa teclas.

51 *Tsusima*: batalla en la cual el ejército zarista fue derrotado, en la guerra ruso-japonesa de 1903.

52 En esta metáfora, Maiakovski considera al proletariado, a los explotados, como Caín. Como se sabe, Caín, según la Biblia, fue maldecido por Jehová.

Historia,

en este capítulo

transcurre velozmente ante los ojos.

Hambrientas y gimiendo

las ciudades se apartan

y de entre el polvo de las calles

como el sol surge una existencia nueva.

Un año seguido de infinidad de ceros.

Una fiesta que no está marcada

en ningún calendario eclesiástico.

Todo está enguirnaldado.

Hombres

y casas.

Acaso

sea el centésimo aniversario de la revolución de octubre,

acaso,

sencillamente,

sea un maravilloso estado de ánimo.

Lanzando dirigibles en la curva del cielo,

en trenes,

por formidables e infinitos puentes,

onduladas columnas de soldados,

formaciones humanas que llegan y se ordenan.

Con su cabeza grande

y una aureola roja,

se alinean marcianos que han llegado de Marte.

un avión da un salto

y de nuevo se esfuma.

De nuevo el ave nos esconde el sol.

Y de nuevo

llegan volando de remotos astros,

el sol abanicado con sus hélices.

Los desiertos los limpia el hocico del mundo.

Cada tronco de árbol es un trozo de cuento.

Sobre los verdes prados
del antiguo Sahara⁵³
hoy se celebra
la solemne fiesta anual.

Día tras día los días pasaban
y de nuevo aumentaba la negror de la noche,
Aun antes de alinearse,
ellos
gritaron:
«¡Comencemos!»
«Voces de hombre,
voces de animales,
bramido de ríos
en un peán trezamos en el aire.
Todos cantad y escuchad todos
el réquiem majestuoso de los mundos.
A vosotros, venidos de lejos,
que durante años habéis pasado hambre
dando la buena nueva del paraíso de hoy;
a vosotros,
que habéis dado a los siglos
de qué comer,
beber
y cantar;
a vosotras, mujeres,
nacidas para capas
de armiño,
con el cuerpo cubierto de andrajos,
ceídas exánimes
en espera del pan
en fila interminable.
A vosotros,
legiones de niños raquíuticos,
multitudes de jóvenes mordidos por el hambre,

53 Aquí Maiakovski intenta mostrar su confianza en un futuro que será capaz de convertir el desierto del Sahara en un vergel.

a los que habéis vivido hasta un cierto punto
y a los que

ni aun hasta un cierto punto habéis vivido.

A vosotros,

animales,

mostrando las costillas,

que no veáis la avena que los hombres comían
y que habéis trabajado, transportando algo o alguien,
hasta que, bajo el látigo, al fin os derrumbasteis.

A vosotros,

fusilados en las barricadas del espíritu

luchando por cantar los días de hoy,

que con alma insaciable intuísteis el futuro,

pintores,

cantores,

poetas.

A vosotros,

que entre el fuego y el humo,

con la vida pendiente de un hilo.

rechinando como hierro oxidado, como un engranaje,

aun así trabajasteis,

creasteis aun así.

A vosotros por siempre las voces de gloria

que cada año florecen, que jamás se marchitan.

A vosotros, que por nosotros sufristeis: ¡Gloria a vosotros,

millones de Ivanés vivientes,

hechos de ladrillo,

hechos de mil modos!

La fiesta universal se dispersó con orden:

el antiguo dolor ya no hería las almas.

El tiempo

ha armonizado la tristeza

en una vida en calma

y el canto la ha lanzado a volar por los cielos.

Resuena aún el eco de las voces

que hablan de muerte,
de un recuerdo eterno.

Y ya
los hombres,
entre las luces de las calles,
disfrutan del instante, teñido de alegría.
¡Pues bien, en la armonía, disfruta de los cantos,
tierra, brota en la siembra y en la trilla!
¡Ésta es para ti la Ilíada sangrienta de las revoluciones!
¡Ésta es la Odisea de los años de hambre!

TERCERA INTERNACIONAL⁵⁴

Nosotros avanzamos,
lava revolucionaria.
Sobre nuestras filas
flotan, como banderas, los incendios.
Nuestro jefe
tiene millones de almas:
es la Tercera Internacional.

Contra el muro de los siglos,
ola de voluntad,
bate la Tercera
Internacional.

Nosotros avanzamos.
No tiene manantial la riada de las filas.
No tiene estuario el Volga del ejército rojo.
Y haremos pasar a través de los polos
el cinturón de los rojos ejércitos
que de oriente
a occidente
ciñe la tierra.

Las naciones son trampas.
El mundo, pequeño.
¡Crece, Tercera
Internacional!

Nosotros avanzamos.
¡Obrero del mundo,
escucha!

54 Poema escrito para una manifestación en Moscú en honor del II Congreso de la Tercera Internacional, del 23 de julio al 7 de agosto de 1920.

La revolución avanza.
Oriente sigue ya la huella de las insurrecciones.
Después de Europa,
irá por los océanos como por tierra firme.
La bandera roja
en lo alto de los edificios de New York.

En el nuevo
y en el viejo mundo
roja
ondeará
la Tercera
Internacional.

Nosotros avanzamos.
¡Alzaos, en pie, pieles de color de las colonias!
¡Esclavos blancos de los imperios,
levantaos!
La batalla decidirá
si mandarán los obreros en el seno del mundo
o
si la Entente⁵⁵ nos brutalizará con la guerra.

O los unos
o los otros.
El mundo es pequeño.
¡A las armas,
Tercera
Internacional!

¡Nosotros avanzamos!
Al asalto de las puertas del paraíso.
Nosotros avanzamos.

55 Ha habido diversas Ententes, pero Maiakovski se refiere a la Entente capitalista que intervino militarmente en la URSS, durante la guerra civil, en ayuda de las fuerzas reaccionarias, y que estuvo construida por Gran Bretaña, Polonia, Finlandia, Japón, Francia, Turquía, Checoslovaquia y EUA.

Para los otros hemos derribado la puerta.

¡Más alto aún, bandera!

Hoz,

en un juego de llamas,

que se abraze al martillo tu arco iris.

¡Por esta puerta!

¡Todos! ¡Hazte

universo, Tercera

Internacional!

A PLENA VOZ⁵⁶

¡Respetables
 camaradas venideros!
Registrando
 la porquería petrificada
 de hoy,
estudiando
 las tinieblas de nuestros días,
vosotros,
 probablemente,
 preguntaréis también por mí.
Y probablemente
 dirá
 vuestro profesor,
encubriendo en erudición
 el enjambre de las cuestiones,
que vivía una vez uno
 que cantaba al agua hervida
y era enemigo encarnizado de la cruda.
¡Profesor,
 quítese las gafas-bicicleta!

Yo mismo hablaré
 sobre el tiempo
 y sobre mí.
Yo, portador de boñigas
 y aguador,
por la revolución
 movilizado, llamado,
fui al frente
desde los jardines señoriales

56 Introducción a un gran poema sobre el plan quinquenal que dejó inconcluso. Existe un esbozo a una segunda introducción, también inconclusa.

de la poesía,
mujerona caprichosa.

Ella hizo un agradable jardincito
—la hijita,
la casita,
la fuente,
el palomar—.

«Yo misma hice mi jardincito amable,
yo misma lo voy a regar.»

Algunos echan los versos con regadera,
otros los pulverizan, escupiéndolos,
bien peinados,
bien rizados,
¡quién diablos puede entenderlos!
Para esta canalla no hay cuarentena,
mandolinean detrás de la pared:
«Tarantena, tarantena,
te-en...»
No sería un gran honor
si entre tales rosas
se irguiesen mis estatuas
en bulevares
donde tose la tuberculosis,
donde pasea la... con el bandido
y la sífilis.

Yo también,
de propaganda
harto estoy ya
y bien sería para mí
garrapatear
romances para vosotros.

Sería más productivo
y más agradable.

Pero yo mismo
me contuve
poniendo el pie
en la garganta
de mi propia canción.

¡Oíd,
camaradas venideros,
al propagandista,
al vocinglero-jefe!
Acallando el rumor
de los torrentes de la poesía,
pasaré por encima
de los tomitos líricos,
como vivo
hablando con los vivos.

Yo
llegaré hasta vosotros,
a la comunista lejanía,
no como
el lírico héroe al estilo de Yesenin.⁵⁷

Mi verso llegará
a través del lomo de los siglos
y a través de las cabezas
de los poetas y gobiernos.

Mi verso llegará,
pero nunca del modo
cual la flecha
llega en la cacería de lirás y de amores,
nunca como llega
al numismático la borrosa moneda,

57 *Yesenin, Serguéi* (1895-1925): destacado poeta ruso de origen campesino, fue uno de los fundadores de la corriente del imaginismo. Impresionado por su suicidio, Maiakovski le dedicó un poema titulado *A Serguéi Yesenin*.

o como la luz de las estrellas muertas.

Mi verso
de trabajo,
la mole romperá de los años
y llegará,
denso,
rudo,
visible,
igual que a nuestros días
llegó el acueducto
hecho
ya por los siervos de Roma.

En los túmulos de los libros,
donde el verso está enterrado,
cuando encontréis por azar los trozos de hierro de un verso
mío, vosotros,
con estima callada,
tocadlo
como una vieja
pero temible arma.

Yo,
el oído
con la palabra
no acostumbro a mimar.

La orejita de una muchacha
bajo un rizo de pelo,
no podrá sonrojarse con ellas,
cual si fuesen palabras algo obscenas.

Desplegando en desfile
los ejércitos de mis páginas,
yo paso por el frente de mis versos.
Firmes están
con pesadez de plomo,

prestos a morir
y prestos a la gloria inmortal.

Los poemas están inmóviles
apretando uno con otro los cañones
de los títulos apuntados
y prestos al disparo.

El arma preferida
—la caballería
de las agudezas—
presta está
a lanzarse al grito de ¡hurra!,
levantando de las rimas
las lanzas puntiagudas.

Y todos
estos ejércitos armados hasta los dientes,
que pasarán a través de veinte años de victorias,
te los entrego
yo, poeta,
hasta la última hoja,
a ti,
proletario
del planeta.

El enemigo
de la mole-clase obrera
es también mi encarnizado enemigo
desde hace mucho tiempo.

Abríamos de Marx
cada tomo
como en la casa
propia
los postigos;
pero sin libros,
nosotros comprendíamos

a qué bando ir
y en qué bando luchar.

Nosotros,
la dialéctica
aprendíamos no en Hegel;
en el fragor de los combates
ella irrumpía en el verso
cuando, bajo las balas,
los burgueses huían de nosotros,
como nosotros,
hace tiempo,
huíamos de ellos.

Dejad
que detrás de los genios,
como viuda inconsolable,
la gloria se arrastre
tras el cortejo fúnebre.

¡Muere tú, verso mío,
muere como el soldado de filas,
como nuestros soldados desconocidos
morían en los asaltos!

No me importa
el peso de muchas arrobas de bronce
no me importa
el fango del mármol;
ya arreglaré mis cuentas con la gloria;
somos amigos íntimos.

Que nos sirva
de común monumento
el socialismo
construido en los combates.

¡Generaciones venideras,
comprobad los flotadores
de las cañas de pescar de los diccionarios!

Del Leteo
saldrán a flote
restos de palabras tales
como «prostitución»,
«tuberculosis»,
«bloqueo».

Para vosotros,
que sois sanos y ágiles,
el poeta lamía
los esputos de tisis
con la lengua áspera de los carteles.

En el fuego de los años,
yo me he de convertir en algo semejante
a los monstruos antediluvianos con cola.

¡Camarada vida,
vamos
a caminar más rápido,
a caminar
sobre los años del quinquenio
el resto de nuestros días!

A mí,
ni siquiera un rublo
me han dado los versos.

Los ebanistas
no me enviaban los muebles a casa.

Y además
de la camisa bien lavada,
sinceramente digo,
no necesito nada.

Al llegar
al Comité Central
de los venideros,
luminosos años,
por encima de la banda
de especuladores y bandidos poéticos,
yo alzaré
como carnet del Partido Bolchevique,
todos los cien tomos
de mis
libros de Partido.⁵⁸

58 Maiakovski ingresó al Partido Bolchevique en el año 1908. Después de tres años de activa vigilancia y prisiones dejó su carnet para hacer “arte socialista”. En el año 1930, el 25 de marzo, en la casa de la Juventud Comunista de Krasno Présnaia habló sobre «Mis veinte años de labor». Entre las preguntas y respuestas que siguieron a su disertación hay algunas que aclaran su posición;
Una voz: –Camarada Maiakovski, ¿por qué estuvo en la cárcel?

Usted,
por supuesto,
sabe que es una «rima»
Si la primera línea,
pongamos,
acaba en
«atún»,
entonces
en la tercera, repitiendo las sílabas,
ponemos
algo así como
«tacatún».
Empleando su lenguaje,
la rima
es un cheque.
Cóbrese el verso alternado—
dice la disposición.
Y buscas
la calderilla de sufijos y flexiones
en la caja exigua
de las declinaciones
y conjugaciones.
Intentas meter
una palabra
en la estrofa
y como no entre
las fuerzas y se rompe.
Ciudadano inspector:
le doy mi palabra,
el poeta
paga caras las palabras.
Empleando nuestro lenguaje,
la rima
es un barril.
Un barril de dinamita.
La estrofa es la mecha.

de las profundidades artesanas
de la humanidad.

Por eso baje
la suma del impuesto.

Quite
de la imposición
la rueda de un cero.

Uno noventa
cien cigarrillos,
uno sesenta
la arroba de sal.

En su encuesta
hay un cúmulo de preguntas:

—¿Ha viajado
o no ha viajado?

Y si
en los últimos 15 años
reventé
una decena de Pegasos,
¿qué?

Usted
—póngase en mi caso—
pregunta por criados
y bienes.

¿Y
si soy
caudillo popular
y a la vez
criado del pueblo?

La clase
se expresa
con nuestras palabras,
somos proletarios,
propulsores de la pluma.

La máquina
del alma
con los años se desgasta.

en la neblina de filisteos,
entre el bullir de tormentas.
El poeta
siempre
es deudor del universo,
paga por el dolor
intereses
y multas.
Soy
deudor
de los lampiones de Broadway,
de vosotros,
cielos de Bagdadi,
del ejército rojo,
de los cerezos de Japón—
de todo
sobre lo que
no tuve tiempo de escribir.
Al cabo,
¿para qué
necesito este jaleo?
¿Para disparar rimas
y enfurecer con el ritmo?
La palabra del poeta
es su resurrección,
su inmortalidad,
ciudadano burócrata.
Dentro de siglos
en el marco de la cuartilla
cogerán el verso
y resucitarán el tiempo.
Y surgirá
este día
con inspectores fiscales
con brillo de asombros
y hedor a tinta.
Usted, habitante convencido
del presente,

saque en el Comisariado de Caminos
un billete para la eternidad,
calcule
el efecto de mis versos
y reparta
mis ganancias
en trescientos años.
Pero la fuerza del poeta
no sólo está
en que le recuerden a usted
y le dé un respingo.
No.
Hoy también
la rima del poeta
es caricia
y lema,
bayoneta
y látigo.
Ciudadano inspector,
pagaré cinco,
quitando ceros
detrás.
Yo,
por derecho,
reclamo un hueco
en las filas
de los obreros y campesinos
más pobres.
Y si
ustedes se imaginan
que mi trabajo
consiste en utilizar
palabras ajenas,
aquí tienen,
camaradas,
mi estilográfica

y escriban
ustedes,
si quieren.

BLACK AND WHITE⁵⁹

Si a La Habana
se la mira desde lejos,
es un paraíso,
un país como se debe.
Bajo las palmas,
en los lagos,
están los flamencos
en un solo pie.
Florece colores
por todo El Vedado.
En La Habana
todo está dividido:
a los blancos,
dólares;
a los negros,
nada.
Por eso,
Willie
está con el cepillo en la puerta,
en la puerta
de Henry Kley and Broock Limited.
Willie,
en su vida
limpió mucho polvo,
todo un bosque.
Por eso,
Willie
tiene ya poco pelo,

59 Escrito en La Habana, el 5 de agosto de 1925. «Nos acercamos a la isla de Cuba, al puerto de La Habana —donde hacen cigarros—. Estaremos dos o tres días. El calor es insufrible.» (De una carta a Lila Brik.)

por eso,
 Willie
 tiene el vientre hundido.
Muy pocas son sus alegrías.
Seis horas para el sueño,
 y listo.
Si no,
 el inspector de impuestos del puerto
le quita una moneda al pobre negro.
¿Acaso se pueden salvar de esta mugre?
Únicamente si caminaran con la cabeza
juntarían más barro.
Los pelos sin mil
 y los pies,
 sólo dos.
Aquella vez,
 pasaba
 por la vistosa calle Prado.
Suena y se enciende
 el jazz.
Parece,
 de veras,
 que es un paraíso
 La Habana.
Pero el cerebro de Willie
 tiene poca siembra,
 pocas circunvoluciones.

Lo único que aprendió Willie,
más firme que las piedras del monumento a Maceo es:
«El blanco
 como piña madura,
el negro,
 piña podrida.
El blanco
 hace trabajo blanco.
El negro,
 trabajo negro.»

Pocos problemas a Willie
le metieron en la cabeza,
pero uno de ellos
era el más grave de todos.
Y cuando este problema
empezó a horadar la mente de Willie,
el cepillo
caía de sus manos.
Y como a propósito,
en un momento así,
se acercó hacia él
el rey de los cigarros,
Henry Kley.
Llegó más blanco
que una nube.
el más solemne de los reyes
el rey del azúcar blanco.
El negro
se acercó a la mole blanca y le dijo:
«I beg your pardon, mister Bregg:
¿Por qué el azúcar
blanco-blanco
lo debe hacer
el negro-negro?
El cigarro negro
no le queda bien a usted
Le quedaría mejor
a un negro
de piel negra.
Y si usted
gusta del café con azúcar,
haga el favor
de prepararlo solo.»
La pregunta tiene sus consecuencias.
El rey,
de blanco se vuelve amarillo.

Se da vuelta el rey
y de un golpe
le arrojó los guantes.
Floreceían alrededor
los prodigios de la botánica.
Los plátanos
teñían su verde red.
Se limpió el negro,
en sus pantalones blancos,
las manos,
y la sangre de la nariz.
Rezongó el negro,
con ojos de fuego,
levantó el cepillo
con una mano,
y se fue.
¿De dónde podría saber el negro
que con esa pregunta
debía dirigirse a la lejana ciudad de Moscú?

Al polaco,
le miran
con ojos asombrados,
ceñidos en su chaqueta policial,
como quien dice:
—¿De dónde,
y qué es,
esa novedad geográfica?
Y sin dar vuelta la cabeza,
sin manifestar asombro alguno,
toman sin pestañear,
el pasaporte dinamarqués,
así como el sueco...
Y
de pronto,
como si se quemara
tuerce la boca el señor.
Es que
el señor toma
mi pasaporte escarlata.
Lo toma,
como una bomba,
lo toma,
como a un erizo,
como si tomara una navaja afilada,
lo toma,
como una serpiente de cascabel de veinte aguijones.
Le hace un gesto significativo al mozo,
para que lleve gratis las cosas.
El gendarme mira interrogante
al aduanero,
el aduanero,
mira interrogante al gendarme.
Con qué placer
esta casta de gendarmes
me azotaría
o me haría crucificar,

por tener en las manos,
el pasaporte soviético,
el de la hoz y el martillo.

Yo,
como un lobo,
mordería a la burocracia,
a las credenciales
no les tengo respeto.

¡Que se vayan
todos
al diablo!

Cualquier papel,
pero éste...

Yo saco,
del bolsillo
de mis enormes pantalones,
un duplicado del pasaporte
—carga tan ligera...

¡Leed,
envidiadme!

Yo soy
ciudadano,
de la Unión Soviética.

CONVERSACIÓN CON EL CAMARADA LENIN

Con tropel de asuntos y maraña de hechos,
el día poco a poco a la sombra se fue.
Dos en la habitación, yo y Lenin:
fotografía en la blanca pared.
La boca en tensión de discurso,
los bigotes se adelantan enhiestos;
en las arrugas de la frente se condensa
el pensamiento humano,
en inmensa frente, inmenso pensamiento.
Es seguro, ante Lenin desfilan miles de personas...
Bosques de banderas, hierbazal de brazos...
Me alzo de la silla con radiante júbilo.
¡Quisiera uno ir, saludar, informar!
«Camarada Lenin, le informo,
no por deber, sí por afán del alma.
Camarada Lenin, un trabajo infernal
se está realizando, se realiza ya.
Damos la luz, vestimos a pobres y desnudos,
crece la extracción de carbón y mineral.
Y a la vez, junto a esto,
cuánta, cuánta
soez y cuánta necesidad.
Te cansas de defenderte,
de andar a dentelladas.
Muchos sin usted
de la mano se fueron.
Cuántos infames
de todas las calañas andan por nuestra tierra
y en torno a nuestro suelo.
No se puede ni contar lo que son ni motejarlos.
Toda una cadena de tipos se extiende.

Kulaks y burócratas, adulones,
sectarios y borrachos
van, orgullosos, el pecho abombado,
con estilográficas e insignias a montones.
Nosotros, a todos,
sin duda, los aplastaremos.
Mas aplastar
a todos es siempre difícil.
¡Camarada Lenin,
en las humeantes fábricas, en la tierra
cubierta de nieves y de trigos,
camarada,
con vuestro corazón y vuestro nombre
pensamos, respiramos, luchamos y vivimos!»
Con tropel de asuntos y maraña de hechos,
el día poco a poco a la sombra se fue.
Dos en la habitación, yo y Lenin:
fotografía en la blanca pared.

A TODOS

¡A todos!

No se culpe a nadie de mi muerte y,
por favor, nada de chismes.

Al difunto le horrorizaban especialmente.

Mamá, hermanas mías, camaradas, perdonadme;
este no es el mejor camino (no se lo aconsejo a nadie),
pero no tengo ninguna otra salida.

Lila ámame.

Camarada gobierno, mi familia es: Lila Brik, mi madre,
mis hermanas y Verónica Vitaldovna Polonskaya.

Si se ocupan de asegurarles una existencia decente, gracias.

Por favor den los poemas inconclusos a los Brik,
ellos sabrán qué hacer.

Como quien dice: El caso está cerrado.

El barco del amor se ha estrellado
contra la vida cotidiana

Y estamos a mano tú y yo.

Entonces ¿para qué reprocharnos mutuamente
por dolores y daños y golpes recibidos?

¡Suerte a los que quedan!

P.D: Camaradas, no piensen que soy débil. De verdad no se puede hacer nada. Digan a Ermilov que es una lástima que yo escribiera la consigna que debimos maldecir.

En el escritorio tengo 2.000 rublos, úsenlos para pagar los impuestos. Lo que sobre dónenlo a la Casa de Publicaciones del Estado.

NOTA:

Si has leído este libro en formato digital, te agradeceríamos que nos hicieras llegar tus comentarios o la notificación de posibles erratas a nuestro correo electrónico: editorial.largamarcha@gmail.com

Cada aporte contribuye a mejorar futuras ediciones y a que las próximas lectoras y lectores reciban el libro en las mejores condiciones posibles.